

Joseph Decaisne



Jose Jerónimo Triana



Jules Emile Planchon



Santiago
Díaz Piedrahíta

JOSÉ JERÓNIMO

TRIANA

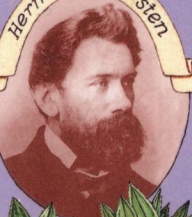
EL CABALLERO
DE LAS FLORES

Ilustraciones
Silvia Gómez



COLCIENCIAS

Hermann Karsten

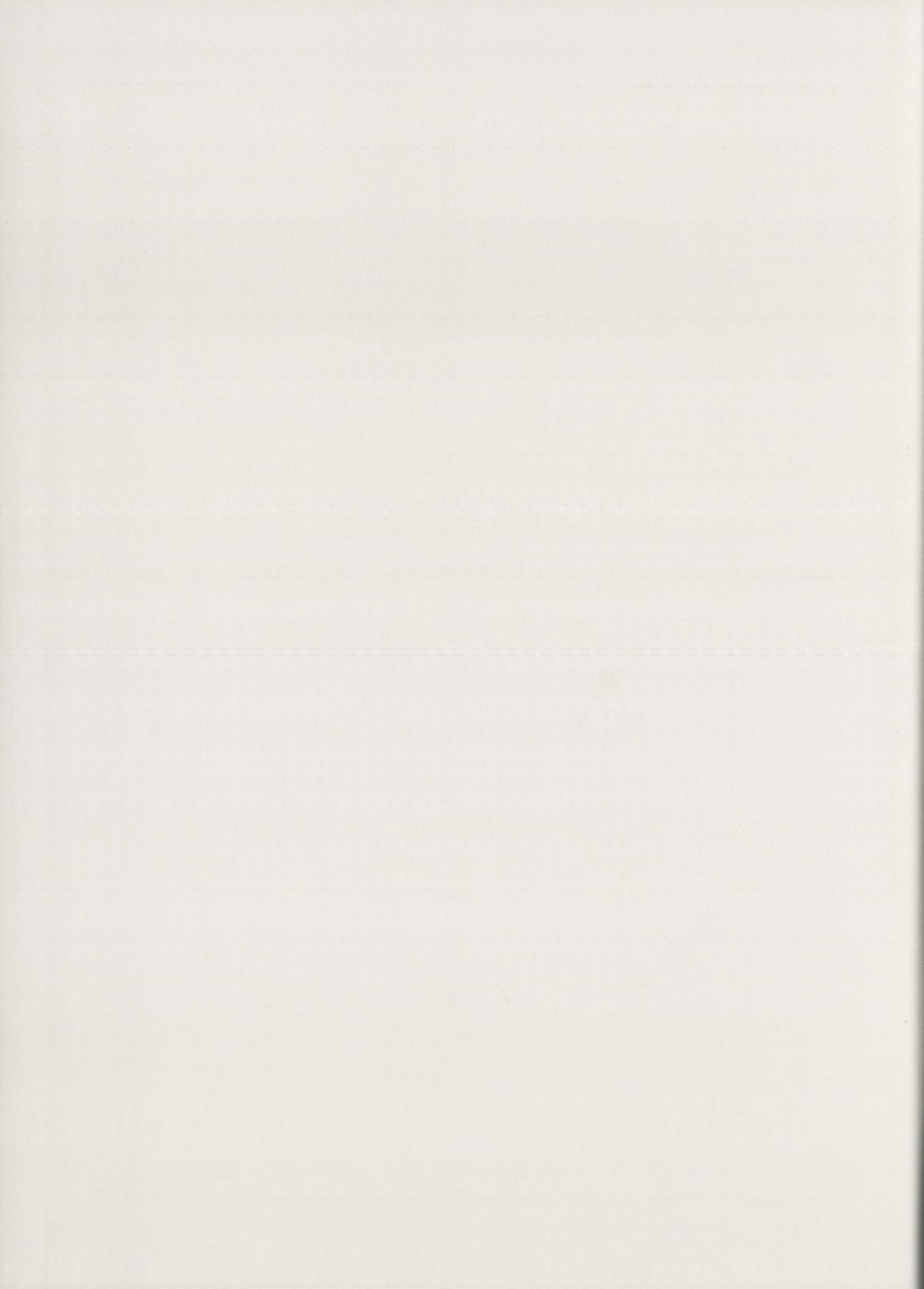


Jean Linden



Agustín Codazzi





Santiago
Díaz Piedrahíta

JOSÉ JERÓNIMO

TRIANA

EL CABALLERO
DE LAS FLORES

Ilustraciones
Silvia Gómez



COLCIENCIAS



COLCIENCIAS

Director: Álvaro Mendoza Arango

Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar

Asesor de la colección: Jesús María Álvarez

Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial

y diseño general: Carlos Nicolás Hernández
Tres Culturas Editores Ltda.
Calle 12 No. 34 - 20 Tel.: 2 01 99 00
Fax 2 77 49 91

Ilustraciones y fotomontajes: Silvia Gómez y Vicenta Victoria Gómez

En cubierta, Puente de Honda; en contracubierta, Puente de Mariquita;
adaptaciones de grabados iluminados de Charles Empson, realizados en 1836

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fitolito Colombia Ltda.

Primera edición: enero de 1999

ISBN: 958-9037-76-3

© Santiago Díaz Piedrahíta

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788
E-mail: info@colciencias.gov.co
Transv. 9A No. 133-28
Santafé de Bogotá, D. C.
Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

CONTENIDO

- | | | | | | |
|--|---|---|--|---|---|
|  | Pág. 5
Recuerdos de un enfermo |  | Pág. 7
Una vida al alrededor de las plantas |  | Pág. 9
Las enseñanzas de mi padre |
|  | Pág. 11
Mutis y su expedición |  | Pág. 15
Otro día en el hospital. Reavivo mis recuerdos |  | Pág. 18
La Comisión Corográfica |
|  | Pág. 20
El señor Linden y su viaje a Colombia |  | Pág. 22
Un trueque curioso: cigarros por libros |  | Pág. 23
Trabajando en el campo |
|  | Pág. 28
La ciencia amable, las plantas y el hombre |  | Pág. 32
Una clase imaginaria |  | Pág. 35
Un jarabe y otros productos de origen vegetal |
|  | Pág. 38
Por fin me visita mi familia |  | Pág. 40
Una aventura que más fue desventura |  | Pág. 42
Mi patria, ¿un país violento? |
|  | Pág. 44
Contrastes de aquí y de allá |  | Pág. 46
Una exposición, un premio y una flor para la Emperatriz |  | Pág. 49
Amigos de allá y amigos de acá |
|  | Pág. 52
Otra vez Linden y la carrera por la flora |  | Pág. 54
Un gran dilema: plantas útiles o Flora |  | Pág. 58
Un trabajo conjunto |
|  | Pág. 60
Nuevas divagaciones, una tos célebre y otra distinción |  | Pág. 63
Buscando plantas encuentro esposa |  | Pág. 66
Camino a Europa por el río Magdalena |
|  | Pág. 69
Navegando en vapor |  | Pág. 72
Acaba un viaje temporal y se inicia un viaje eterno |  | Pág. 74
Lo que no alcancé a hacer: una tarea para las futuras generaciones |



In memoriam
Genoveva Díaz Camacho

20 - III - 1972 15 - VIII - 1993

Santafé de Bogotá, D.C.
1998

*Cabuya de Simacota sobre el Sarabita
Prov del Socorro Carmelo Fernández*

Recuerdos de un enfermo

E

n junio de 1828 me bautizaron como José Jerónimo Triana; han pasado 62 años, y hoy, 28 de octubre de 1890, me encuentro recluido en un hospital de París; me recupero lentamente luego de una operación de vejiga; los cirujanos me liberaron de las piedras o cálculos que se me habían formado en los riñones. Como médico, sé que corro

un gran riesgo, pues la operación de vejiga, aunque aparentemente sencilla, es de las que tienen mayores posibilidades de infección.

Espero no sufrir complicaciones posteriores, y confío en el cuidado de mis médicos, en el poder desinfectante del ácido fénico, y en los avances logrados por la cirugía a lo largo de este siglo. No llegué a imaginar que se complicaría aun más mi enfermedad, al atropellarme hace unos días un coche de caballos.

No deja de ser irónico que haya ocurrido este accidente en la ciudad más moderna y más civilizada del mundo; podría haberme sucedido en uno de los estrechos caminos de la Confederación Granadina, esos senderos ricos en precipicios y pendientes que, atravesando a cada paso ríos y quebradas, suben y bajan por los filos y las laderas de las cordilleras.

Cuántas veces, a lo largo de cinco años, tuve que cruzar las aguas aprovechando los vados, unas veces en inseguras balsas, otras a pie y con el agua a la cintura, las más de ellas montado en una mula. En otras ocasiones



através los torrentes utilizando puentes tambaleantes, contruidos con troncos de guadua, hábil y milagrosamente apuntalados en las orillas.

También me tocó pasarlos colgado de una tarabita, aparato muy inseguro, por no ser más que un cesto o un cajón provisto de poleas y que pende de un cable; en la tarabita el asustado pasajero puede ir amarrado a una silla que se bambolea permanentemente sobre las aguas, o va encerrado en un cajón que se remolca desde la orilla con un fuerte rejo.

Sufro aún los efectos del éter y el cloroformo con que me anestesiaron, y estoy afectado por los calmantes empleados para adormecerme y para controlar los dolores producidos por la operación y por los cólicos que la antecedieron.

Recuerdo claramente cómo recorrí buena parte del territorio colombiano, casi siempre caminando por entre las piedras y el barro; a veces lo hacía cabalgando una mula resabiada, de esas que no gustan llevar nada sobre sus costillas, y en no pocas ocasiones acomodado en una silla apoyada en las callosas espaldas de un resignado indio carguero.

¡Cuántos recuerdos me vienen a la memoria ahora que reposo en este catre, esperando la visita de Mercedes y de mis hijos! Comparto con otros enfermos un enorme salón; tan sólo nos separan unas cortinas de tela, por lo cual escucho lamentos, quejidos y ronquidos. Alcanzo a ver una ventana, a través de la cual lo único que se ve es la parte superior de la extraña torre que construyó el ingeniero Gustave Eiffel para la exposición universal que se celebró el año pasado.

Esta enorme estructura metálica se ha convertido en motivo de discusión, por gustar a muchos, y parecer horrible a otros; hay quienes piensan que debe ser destruida por ser fea y por afectar la arquitectura en una de las zonas más bellas de la periferia de París; esgrimen como argumento que el armatoste metálico se construyó para la Exposición, y que no hay razón para conservarlo.

Otros, por el contrario, aseguran que Eiffel es un genio en el diseño de estructuras metálicas como puentes y estaciones de tren; para ellos, la torre, por su tamaño y diseño, es un monumento que representa el avance y la pujanza de la nación más moderna del mundo; siendo así, merece ser conservada como un símbolo de París.

¡Oh, cuantos recuerdos me vienen a la cabeza en torno a las exposiciones universales en las que participé representando al país! Cómo quisiera poder escribir ahora un relato completo de mis experiencias; en cuanto me

alivie lo intentaré. Por ahora, y como una forma de olvidar este fuerte malestar, trataré de pasar las horas poniendo en orden mis pensamientos.

En mi cabeza saltan las ideas de un tema a otro; cubren desde los lejanos recuerdos de la infancia, hasta mis últimas actividades; evoco a mis padres y a los parientes ya fallecidos; tengo presentes a Mercedes y a mis hijos, y a la vez revivo los años de educación en Bogotá y la vida estudiantil de entonces, así como los trabajos realizados con la Comisión Corográfica; todo me lleva a mis plantas y a la flora de Colombia. He vivido en torno a las plantas; ellas me han dado grandes satisfacciones, y no pocos dolores de cabeza.



Una vida alrededor de las plantas

Gracias a las plantas participé en las tres exposiciones universales que se han hecho en París en los últimos treinta años; por estudiarlas he ganado premios y recibido distinciones. Alrededor de mis plantas hice grandes amigos; ellos valoraron mi trabajo y me abrieron las puertas de los mejores herbarios y museos. Investigando en estos centros me convertí en un especialista.

Aunque suene vanidoso, sin las plantas no habría podido redactar mis libros, ni publicar artículos en las revistas científicas. Haberlas estudiado me ganó el respeto de mis colegas. Mis publicaciones y mis disertaciones en los congresos científicos siempre fueron bien recibidas, y me sirvieron como tarjetas de presentación que me convirtieron en miembro en cerca de veinte sociedades científicas y culturales.



Por la botánica vine a Europa; aquí he ejercido la medicina, combinando mi actividad de naturalista con la de fabricante de productos farmacéuticos. He sido además editor de libros didácticos y científicos; finalmente, del campo de las plantas pasé al terreno diplomático; fui Vicecónsul y ahora soy Cónsul General de Colombia. ¡Caramba!: sin pecar de soberbio, me resultan muchas actividades; nunca había caído en cuenta de las tantas cosas que he hecho en la vida

Mis padres. Cómo quisiera que pudiesen saber cuál ha sido el papel de su hijo José en este mundo de Dios. ¿Imaginarían alguna vez que ese niño, algo tímido y reservado, llegaría a ser un médico especializado en botánica? Lo que nunca pudieron imaginar, es que en la cabeza de ese pequeño tendrían que haber complejos conceptos científicos e innumerables nombres raros.

Como los nombres comunes cambian de un lugar a otro, y no todas las plantas reciben un nombre popular, los botánicos usamos nuestro propio idioma. Empleamos el latín como lengua oficial; tanto las descripciones de las especies, como los nombres de las familias, los géneros, especies y demás categorías deben acomodarse al latín, así provengan del griego o de otra lengua.

Cada planta se distingue por dos palabras que le sirven de nombre y apellido. La primera corresponde al género y la segunda se refiere a la especie. Al decir *Canna edulis* hablamos con certeza de una planta, de cuyo rizoma se saca el harina con la cual se preparan ricos bizcochos. No importa que en unas regiones la llamen "achira", y en otras le den nombres como "sagú", "chisgua", o "capacho".

En botánica, una familia se forma de varios géneros y en un género se pueden reunir varias especies. Curiosamente la familia vegetal que mejor conozco y en la que más he trabajado, es la de las melastomatáceas; este raro nombre se refiere a un hecho que asocio con mi infancia, y con los paseos a las faldas de los cerros que rodean a Bogotá.


En griego, "melanos" significa negro, y "estoma" quiere decir boca. El nombre de melastomatáceas le fue dado a la familia de los tunos y de los sietecueros, porque las fruticas de algunos de ellos al ser comidas tiñen la boca de negro o de oscuro. Cuántas frutas silvestres comí con mis amigos a la orilla de las quebradas o en los matorrales, cuando jugábamos a ser exploradores que, en fantásticos viajes, conquistaban nuevas tierras.

No todas las frutas que comíamos eran comestibles, y sólo algunas de ellas teñían la boca de negro o de púrpura; más de una podía resultar tóxica, aun en poca cantidad; ingenuamente, cuando alguna resultaba muy amarga

o con mal gusto, masticábamos agujadijas para neutralizar el mal sabor; nuestro ángel de la guarda se encargaba del resto, y siempre evitó un accidente fatal.

Ahora caigo en cuenta de que las agujadijas que comíamos para combatir la sed y quitar el mal sabor de la boca, no eran otra cosa que los bulbos de una bonita orquídea terrestre, por entonces desconocida y sin clasificar en el mundo científico. Hoy lleva el nombre de un botánico amigo, el señor Linden que fue director del Jardín Zoológico de Bruselas, y que con justicia lleva el apelativo de “padre de las orquídeas”.

Si la memoria no me engaña, el nombre completo de esta planta es el de *Odontoglossum lindenii*. Kunth, un alemán que estudió las plantas recogidas por Humboldt y Bonpland en su viaje al Nuevo Mundo, le dio ese nombre, que significa “con dientes en la lengua”; con ello se refería a los dientecillos o proyecciones que se forman sobre el labio o pétalo central de la flor.



Las enseñanzas de mi padre

Creo que mi afición por las plantas y mi afán por aprender botánica, se deben a los paseos campestres, muchas veces hechos en compañía de mi padre; él nos explicaba algunos de los misterios y maravillas de la naturaleza. De su mano aprendí a distinguir los hongos, que aprovechando la humedad crecen en los troncos o bajo los árboles; con él vi cómo después de un aguacero surgían en los potreros hongos en forma de parasol, formando a veces anillos que, según nos contaba, en otros países llamaban “corros de brujas”.



Era muy buen observador, y veía con facilidad muchas cosas que los demás no veíamos. De pronto, se agachaba para mostrarnos en lajas de la orilla de las quebradas, huellas con forma de hoja o de caracol, o recogía piedras redondas como pelotas, que al romperse mostraban algo parecido a un gusano enroscado; "son fósiles", nos decía; "algunos escritores creen que son restos petrificados de plantas y de animales que vivieron hace mucho tiempo, sólo Dios sabe si son testimonios de la vida pasada".

Con paciencia y cariño papá nos inculcaba el respeto por la naturaleza como una de las obras de Dios. Para él, las plantas y los animales, así fuesen insignificantes, merecían igual respeto que nosotros; lentamente nos decía: "los seres vivos nos proporcionan muchos beneficios; son más sus bondades que los males que causan. No pueden juzgar a todos los animales por las serpientes, los alacranes, las chinches o los mosquitos, que pican y muerden, ni pueden ser injustos con las plantas, por unas pocas que causan irritaciones con sus pelos o sus espinas".

Y es que son muy pocas las plantas que poseen mecanismos defensivos como la "pringamoza" y la "ortiga", que al ser tocadas pueden causar picazón, o como el árbol llamado "chiraco" o "Pedro Hernández", que cuando está plenamente florecido puede producir fiebre e hinchazón a quienes se le acercan.

Siempre me causó gracia ver cómo muchas de las gentes del campo, y aun de la ciudad, al pasar cerca del árbol lo saludaban amable y respetuosamente diciendo en voz alta "Don Pedro ¿cómo está usted?" Lo hacían convencidos de que si no le saludaban, el árbol en venganza les causaría un gran perjuicio.

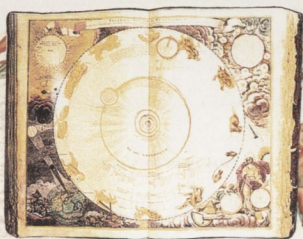
Desde la cima de los cerros papá nos explicaba cómo, desde los mares, los vientos arrastran las nubes cargadas de agua; al chocar con las montañas se van condensando, tras lo cual bañan los bosques y humedecen los páramos. Oyéndolo comprendíamos cómo los pantanos que se forman en medio de los frailejones, no son sólo sitios peligrosos en los que las mulas y las personas pueden ser chupadas por el suelo inestable de la turbera, sino que sirven a manera de esponjas, de las que poco a poco manan aguas cristalinas que alimentan las quebradas y los ríos.

Gracias a los bosques y a los ríos, los habitantes de pueblos y ciudades gozamos del beneficio del agua. El agua es necesaria, no sólo para regar los cultivos y mantener a los animales domésticos, sino para conservar la vida. Sin ella no podemos vivir.

Mi padre, que era un verdadero educador, dedicó su vida a hacer más amable la enseñanza a los niños y a los jóvenes. Mediante nuevos métodos de enseñanza convertía las aulas de las escuelas y los colegios en lugares agradables, donde no existían ni los castigos ni las amenazas.

Los muchachos acudían con gusto, en lugar de temor y desagrado, y aprendían a leer y a escribir por medio de ejercicios sencillos; al mismo tiempo, recibían conocimientos integrales de geografía, historia, aritmética, ciencias naturales, dibujo, música y literatura.

Los domingos en la tarde, o durante las vacaciones, hacíamos paseos; mientras caminábamos, papá nos contaba historias y anécdotas, siempre interesantes y que complementaban nuestra educación.



Sistema solar y planetario según la hipótesis copernicana

Mutis y su Expedición

De todas las historias, la que más recuerdo, y que en buena parte contribuyó a definir mi vocación y mi gusto por las plantas, fue la relativa a la Expedición Botánica de la Nueva Granada. Papá nos explicaba en detalle cómo José Celestino Mutis, un personaje muy ilustrado y con fama de sabio, había venido al Virreinato de la Nueva Granada como médico del Virrey Messia de la Cerda.

Por estos relatos supe que Mutis había sido profesor en el Colegio del Rosario, donde introdujo nuevas materias y cambió los programas de otras; con ello se mejoró notablemente la enseñanza. Recién llegado a Santafé,



*Plan provisional
para la enseñanza de
Matemáticas
en el Colegio de San Javier
del Rosario.*

Jose Celestino Mutis

organizó una cátedra de matemáticas donde explicaba nuevos conceptos, con lo cual más de un mojigato se escandalizaba.

Célebre en Santafé fue la polémica que sostuvo Mutis con los curas agustinos por enseñar las ideas de Copérnico. Le acusaron de hereje ante la Santa Inquisición, por explicar que la Tierra giraba alrededor del Sol. Según contaba papá, lo que había en el fondo del problema, no era que Mutis enseñase conceptos falsos o peligrosos, que había aprendido con los jesuitas de Cádiz, sino que los curas agustinos y dominicos temían que personas cultas e ilustradas, como Mutis o el señor Moreno y Escandón, pudiesen organizar un colegio mayor dirigido por seculares y al margen de las comunidades religiosas.

Estas peleas perjudicaron a Mutis, quien aburrido se retiró para dedicarse a la explotación de minas de oro y plata en la provincia de Pamplona. Más tarde se hizo cura, convencido de que en esta condición no le molestarían más.

Sacerdote o no, Mutis era un verdadero científico que sabía de muchas cosas; tenía un especial interés por la botánica, y dedicaba buena parte de su tiempo al estudio de las plantas. Además, era dueño de una enorme biblioteca, donde estaban las mejores obras de filosofía, teología, matemáticas, astronomía, botánica, zoología y mineralogía.

El primer herbario que hubo en Colombia lo formó Mutis. Él recogía las plantas, las colocaba entre hojas de papel, y las prensaba cuidadosamente con la ayuda de unas tablas. Cada dos días cambiaba los papeles, hasta que las plantas quedaban completamente secas. Luego de estudiarlas las clasificaba, es decir, las ordenaba por clases de acuerdo con un sistema.

Añado al relato de papá que, por entonces, se conocían diecinueve clases, que correspondían al tipo de flor. Según el número de estambres y piezas del pistilo se iban agrupando las distintas plantas. Por ejemplo, una flor con cinco estambres pertenecía a la clase pentandria; si sólo tenía tres sería triandria, y así sucesivamente. Al combinar el número de estambres y el número de carpelos, dependiendo de si estaban unidos o separados, se complementaba la clasificación.

Volviendo a la historia escuchada en casa, Mutis dibujaba cuidadosamente las plantas más interesantes, y anotaba en sus cuadernos sus observaciones. Por no tener con quién discutir sus descubrimientos, buscó la ayuda de los naturalistas de Europa. A través del correo enviaba a sus colegas muestras de plantas y animales; a cambio recibía nuevos libros.

Carlos Linneo era el más célebre naturalista del mundo; vivía en Suecia y había inventado unos sistemas de clasificación con los que se podían organizar los reinos de la naturaleza. A él envió Mutis unos cuantos animales y varios paquetes de plantas de las que consideraba más interesantes.

En respuesta recibió grandes elogios. Linneo lo calificó como el más importante botánico de América, y predijo que su nombre nunca se olvidaría; además le mencionó en sus obras y le dedicó una planta, llamada *Mutisia*. Por ello se hizo célebre y ganó gran respeto tanto en el virreinato como en la corte española.

Hacia 1783, Mutis vivía en Mariquita; además de trabajar como sacerdote, seguía explotando las minas y estudiando las plantas. Allí, un tanto olvidado del mundo, le encontró el virrey Caballero y Góngora. Luego de conversar con él, y reviviendo un viejo anhelo, logró convencerlo de la necesidad de organizar una gran expedición cuya finalidad era estudiar las plantas y los demás recursos de la naturaleza.

En mayo, Mutis y Eloy Valenzuela iniciaron los trabajos con un viaje exploratorio que partió de Santafé hacia La Mesa de Juan Díaz; desde allí pasaron a Guaduas, Tocaima y Honda, para establecerse finalmente en Mariquita. En esta población la Expedición trabajó por cerca de ocho años; luego fue trasladada a Santafé, donde funcionó hasta 1812.

La Expedición Botánica era un centro científico que tenía como tarea el inventario y aprovechamiento de los recursos naturales. Allí se educaron y se formaron como científicos varios jóvenes. Entre sus miembros se destacaban los herbolarios que recogían las plantas, los pintores que las dibujaban cuidadosa y fielmente, los escribientes que tomaban las notas, y los auxiliares que colaboraban en el análisis de las flores y en la organización del herbario.

Los responsables de la Expedición no sólo estudiaban las plantas; había quienes se dedicaban al estudio de la zoología, la mineralogía y la antropología.

Uno de los colaboradores de los primeros años fue Diego García, un fraile franciscano de Cartagena, que trabajó como adjunto recogiendo animales en el valle del río Magdalena; Fray Diego prestaba especial atención a las aves, a las que estudiaba cuidadosamente, conservando las pieles disecadas. También recogía muestras minerales, insectos y plantas para el herbario.

Otro adjunto importante en la Expedición fue Francisco José de Caldas, quien entre 1801 y 1806 recorrió el Ecuador recolectando quinas, haciendo

observaciones sobre la distribución de las plantas y formando un herbario de más de seis mil pliegos, que luego trajo a Bogotá.

Caldas fue una persona importante como científico y como político. En el campo de las ciencias fue un buen astrónomo; además, ingenió un método novedoso para medir la altura de las montañas de acuerdo con la temperatura a la cual hervía el agua; así mismo hizo aportes interesantes a la botánica, y elaboró unos bellos mapas que tuve oportunidad de observar en Madrid, cuando estuve organizando la colección de láminas de plantas de la Expedición Botánica.

Lamentablemente, Caldas fue fusilado por conspirador. Había participado en el complot que dio lugar a la independencia, y contribuyó a fomentar la revolución a través de la propaganda política en un periódico que apareció luego del 20 de julio de 1810. Caldas también fue condenado por fabricar armas y pólvora, y por construir fuertes militares en Antioquia. Da dolor el pensar que se haya sacrificado a un hombre tan brillante, que habría podido aportar mucho al país si hubiese vivido por más tiempo.

Varias veces oí de mi padre que la Expedición duró treinta años; durante ese tiempo se elaboraron centenares de láminas en las que figuraban muchas de las plantas del país. Gracias a la destreza de los pintores, los colores y texturas de las plantas quedaron copiados en hermosos dibujos. Esta admirable colección de pinturas, junto con el herbario y con otros materiales científicos fue llevada a España en 1816, por orden de Juan Sámano y Pascual Enrile.

El responsable de empacar todos los materiales y de hacer su inventario fue Sinforoso Mutis, uno de los sobrinos de José Celestino, y su sucesor como director. Sinforoso estaba preso por conspirador; cada mañana lo sacaban de su celda para empacar los materiales. En pocos días, y con gran prisa, tuvo que cumplir con tan penosa tarea, en la que espontáneamente le ayudaba Francisco Javier Matís, el más destacado de los pintores, y a quien alcancé a conocer y a tratar años después.

Desde cuando escuché por primera vez esta historia, quise contemplar las láminas, y sentí una especial atracción hacia las plantas. En no pocas fantasías infantiles recreé la Expedición Botánica, recorriendo con la imaginación los páramos, los bosques de las cordilleras, los valles y las selvas; años más tarde debería transitarlos, ya no con la imaginación, sino como botánico de la Comisión Corográfica.

Gracias a los trabajos de la Comisión se logró conocer la realidad nacional; se supo quiénes habitábamos el territorio colombiano, cuáles eran nuestras

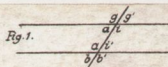
costumbres, con qué recursos naturales contábamos, y cómo nos comunicábamos con nuestros congéneres.

Me correspondió enfrentarme al reto de hacer un primer inventario de la flora colombiana, debiéndome esforzar en identificar y clasificar las distintas especies, y en averiguar qué usos se les daban, y con qué nombres populares se las conocía en cada región.

Por ello no olvido la profunda emoción que sentí, cuando treinta años después, y luego de vencer no pocos obstáculos, logré conocer en Madrid la colección de casi tres mil láminas, y tuve el privilegio de ordenarla, y de clasificar las plantas allí representadas. Fue un trabajo arduo, hecho en pocos días y que coincidió con mis bodas de plata matrimoniales. Por eso no las pude celebrar en compañía de mi familia. Como compensación, y en reconocimiento a mi labor, recibí la condecoración de “Comendador de la Orden Real de Isabel la Católica”.

PRIMERAS NOCIONES
DE
GEOMETRIA

PARA LOS NIÑOS
POR EL
D^o JOSE TRIANA



Otro día en el hospital.
Reavivo mis recuerdos

unque debo ser paciente, y así llaman a los enfermos en las clínicas, este salón me desespera. Ya conozco de memoria el techo, y la poca vista a través de la ventana. Identifico a los otros enfermos por su tos o sus quejidos, y daría todo el oro del mundo por salir de aquí. Como no puedo huir debo

consolarme evocando mi juventud.

Nací en Bogotá el 22 de mayo de 1828, en el hogar de José María Triana y de Josefa Paula Silva. Papá había



vivido en Zipaquirá, pero en 1826 se trasladó a la capital, cuando le nombraron director de la Escuela Normal. Un año después fundó el primer colegio privado que hubo en la ciudad; le puso el llamativo nombre de "La Casa de la Educación". Este colegio funcionó por doce años; yo alcancé a ser uno de sus alumnos. Luego, uno de sus profesores, Lorenzo María Lleras, fundó otro colegio donde completé mi educación, y en donde tiempo después ejercí la docencia como profesor auxiliar de ciencias naturales.

Allí aprendí a tocar el violín, recibí las primeras nociones de francés, hoy mi segunda lengua, y me aficioné a la geometría y a la cartografía. Aplicando estos conocimientos, y siguiendo el ejemplo de mi padre, he redactado algunas cartillas, como la titulada *Primeras nociones de geometría para los niños*. También he vuelto a publicar los métodos de escritura, en cuyas portadas se reproducen los mapas de los nueve estados de la nación. Estos textos y cuadernos han sido usados con éxito en las escuelas y colegios del país.

Hace tres años la "Sociedad Libre de Instrucción y Educación Populares de París" me concedió una "Medalla de Honor", como reconocimiento a mi labor didáctica. Esta distinción correspondía más a los méritos de papá, quien, como verdadero pedagogo, dedicó toda su vida a la educación.

Mi afición por las ciencias y por las plantas me llevó a escoger la medicina como profesión. Estudié en el Colegio Médico de Bogotá, y complementé mi formación profundizando en la botánica. Esta rama de la ciencia contaba en la Nueva Granada con una gran tradición, gracias a la Expedición Botánica de Mutis. En 1816, los militares españoles dejaron a la botánica casi sin practicantes. Muchos intelectuales estaban comprometidos en la revolución, o habían ejercido cargos durante el primer gobierno republicano. Algunos de los miembros de la Expedición, como Caldas, Rizo y Carbonell, fueron fusilados, en tanto que otros huyeron o fueron desterrados.

A lo largo de cuarenta años, los únicos profesores de botánica de Bogotá fueron el pintor Matis y el cura Juan María Céspedes. Ambos carecían de grandes conocimientos, pero merecen nuestro reconocimiento por haber mantenido encendida la luz del conocimiento, y por haber formado discípulos capaces de continuar los estudios botánicos.

Recuerdo con especial cariño a Matis; cuando le conocí era ya un anciano, que nunca se quitaba su sombrero de copa y siempre andaba cubierto con una capa negra. Poco a poco, había ido perdiendo la vista, avanzando la ceguera al paso de la pobreza. Cuando estábamos con él se esforzaba en recordar los nombres de las plantas para enseñarnos a distinguir algunas especies. Con Francisco Bayón le visitábamos en el Molino del Cubo, donde

vivió por un tiempo, antes de trasladarse al barrio de Las Nieves, donde murió.

A fuerza de ruegos lográbamos convencerlo para que nos acompañara a recorrer las faldas de Monserrate y Guadalupe; teníamos que cargarlo en las espaldas cuando se cansaba, o cuando había que atravesar las quebradas; anciano y cegatón, se fatigaba y le era imposible brincar como lo hacíamos los jóvenes. De regreso, en su casa consultábamos el libro que más apreciaba Matis; se trataba de las *Lecciones del Caballero Carlos Linneo*, una obra que ya conocía de memoria y con la que clasificábamos las plantas.

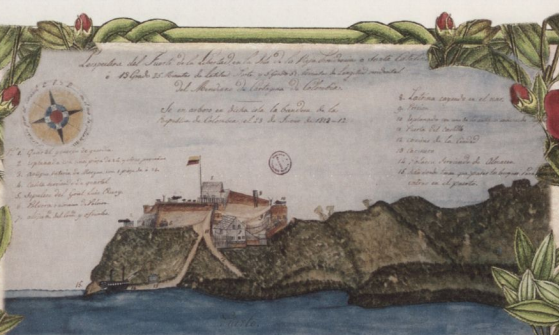
Cuando trabajaba con la Expedición, además de pintor, Matis era quien hacía las disecciones de las flores. Humboldt le dedicó un género de plantas, y le califico como el mejor pintor de flores del mundo, y como un excelente botánico. Por esto el mamey se llama *Matisia cordata*; fue este el único homenaje hecho a nuestro maestro, pues murió casi en la miseria, y tan solo pudo disfrutar por unos meses de la pensión que le concedió el gobierno en reconocimiento a su trabajo.

Ojalá, algún día se valore la obra de Matis; a pesar de estar enfermo y de sufrir los achaques propios de la vejez, nunca se negó a enseñar lo que sabía, y supo contagiar a los jóvenes su gran amor por las plantas.

Uno de los problemas para aprender botánica en Bogotá era el de la falta de libros modernos. Textos había bastantes; la biblioteca de la Expedición había quedado en la ciudad, pero su consulta no era fácil, pues los libros no estaban bien ordenados, ni en el Museo, ni en el Gabinete de Ciencias de la Universidad Central. Encargar libros a Europa era costoso y difícil; cuando se lograba, demoraban mucho meses en llegar.

Yo había encargado las obras de Weddell, las que por fin recibí luego de superar difíciles gestiones; no pude ocultar mi emoción, cuando al desempacar el paquete y ojear sus páginas encontré el nombre de Mutis. Inmediatamente llegó a mi memoria el recuerdo de mi padre, contándonos cuán bellas eran las láminas de la Expedición Botánica. Esto reavivó en mí el deseo de conocerlas algún día, deseo que pude satisfacer años después.





Perspectiva del fuerte de La Libertad en la isla de Vieja Providencia

La Comisión Corográfica



e vinculé como botánico de la Comisión Corográfica en 1851. Entré gracias a la sugerencia de Carmelo Fernández, cuñado de Codazzi, y quien ya había trabajado con él en Venezuela.



Carmelo encabezaba el grupo de los pintores; nos habíamos conocido hacía poco, y congeniamos fácilmente por compartir el interés por la naturaleza. Gracias a esta amistad, no vacilé en consultarme como médico cuando le afectaron varios ataques del llamado “pequeño mal”. A raíz de las consultas nos hicimos más amigos, y por ese motivo me recomendó como la persona más indicada para el estudio de la flora.

Yo había estudiado el fenómeno del magnetismo animal, también llamado mesmerismo, y podía poner a las personas en un estado de inconsciencia o sueño profundo. Muchas se burlaban cuando adormecía a alguien, tildándome de loco. Por el contrario, Carmelo quiso que yo ensayase este método para curar sus dolencias nerviosas. En algo logré aliviar su padecimiento.

Al recordar la Comisión, no puedo omitir al director. En honor a sus méritos, a su caballerosidad y a lo que aprendí de él, rindo un homenaje al gran geógrafo que fue Agustín Codazzi. Militar desde muy joven, participó en varias batallas. Luego de la caída de Napoleón viajó a América, y en la isla de Providencia se incorporó al grupo de aventureros que comandaba Aury.

En busca de Bolívar, y para ofrecerle los servicios de Aury y su grupo, Codazzi viajó a Bogotá. Entró al continente por el río Atrato subiendo hasta Quibdó, de donde pasó a Cartago para seguir a la capital. Mosquera estaba en Cartago, y congenió inmediatamente con él, y por ello le facilitó varios caballos para el resto del viaje. Cuando llegó a la capital, ya el Libertador había partido hacia el norte; entonces volvió a Providencia y luego retornó a Italia.

En 1826, Codazzi volvió a Cartagena y Bogotá, donde de nuevo ofreció sus servicios. Bolívar lo incorporó a sus ejércitos como responsable de la Artillería de Maracaibo. Al desintegrarse la Gran Colombia, Codazzi se quedó en Venezuela; allí el general Páez lo nombró Jefe de su Estado Mayor. Por varios años trabajó en el levantamiento de mapas, y se interesó en el fomento de la colonización. Al asumir Monagas el gobierno, Codazzi se unió a Páez en la lucha contra la dictadura, teniendo que abandonar Venezuela.

Establecido con su familia en Bogotá, Codazzi fue nombrado profesor de la Escuela Militar con el grado de coronel de ingenieros; al organizarse la Comisión Corográfica pasó a ser su director.

Durante nueve años el coronel recorrió el país con gran dedicación; en cada región hacía levantamientos topográficos, medía distancias, fijaba los límites y las altitudes, ubicaba las montañas, los ríos, las islas, los lagos y los pantanos, aclarando de paso las divisiones políticas, y tomando datos pertinentes a la agricultura, el comercio, la ganadería, las manufacturas y los recursos naturales de cada lugar.

En 1858, por una carta de Manuel María Paz, quien le acompañaba al momento de su muerte, me enteré de que había fallecido de fiebres cerca a un pueblito llamado Espíritu Santo. Desde allí se preparaba para ascender a la Sierra Nevada de Santa Marta, donde iba a levantar la cartografía.

Fui designado responsable de los estudios botánicos luego de una larga entrevista con Codazzi, tras lo cual firmé el contrato respectivo; inicié labores a partir de enero de 1851. Mientras se hacían los preparativos para el primer viaje, me estrené como periodista científico, si así se puede llamar el hecho de escribir notas, en las que en lenguaje sencillo explicaba las propiedades y la utilidad de algunas plantas.

Estos artículos divulgativos aparecieron durante varios años en periódicos como "El Día" y "El Neogranadino". A través de ellos trataba de popularizar el uso de varias frutas y verduras, a la vez que llamaba la atención sobre muchas plantas que se podían utilizar para diversos menesteres.

Ingresé como "adjunto", con el compromiso de acompañar a la Comisión en sus diferentes exploraciones. Me correspondía examinar, clasificar y

dar nombre botánico a las plantas halladas en cada región; también debía registrar las que tuviesen aplicaciones útiles en la medicina o en las artes, o las que se pudiesen convertir en renglones de exportación. En forma paralela debía ir formando un herbario debidamente organizado con su correspondiente catálogo.

El primer viaje se hizo a las provincias del norte. Partimos de Bogotá hacia Tunja y Pamplona. Cuando estaba coleccionando plantas en los alrededores de Ocaña, supe que un extranjero realizaba una tarea similar a la mía. Días más tarde encontramos al señor Louis Joseph Schlim, un botánico natural de Luxemburgo y que recogía plantas por encargo del doctor Linden.



El señor Linden y su viaje a Colombia



Jean Jules Linden era un hombre gordo y bonachón, bajo de estatura, glotón y fumador empedernido; se distinguía, tanto por su calvicie como por un enorme bigote, que cuidaba con esmero. Además de ser un destacado profesor de botánica, tenía fama de ser el más importante cultivador de orquídeas del mundo, y conocía como ninguno las técnicas de invernadero.

Entre 1841 y 1845 había hecho un interesante recorrido por nuestro país, motivo por el cual el gobierno belga le había encargado un libro sobre la flora colombiana. Linden viajaba con calma; nunca se afanaba, gustaba del buen comer, lo que hacía con gran lentitud, paladeando cada bocado;



fumaba sin descanso y necesitaba dormir cómodamente; por ello, junto con sus valijas llevaba su almohada. Además de muestras para el herbario, recolectaba plantas vivas, bulbos y semillas, por lo cual sus recorridos eran lentos y su equipaje voluminoso.

A Colombia entró por Cúcuta, siguiendo a Chinácota, El Chopo y Pamplona; desde allí ascendió al páramo de Santurbán, para bajar al Socorro y Vélez; pasó luego a Tunja y Bogotá; a la capital llegó en octubre de 1842. Durante dos meses se dedicó a recorrer con detenimiento los alrededores de la ciudad; luego continuó el viaje por Fusagasugá, Pandi e Icononzo, para llegar al río Magdalena; de El Espinal siguió a Ibagué; luego subió al Nevado del Tolima. Hoy pienso cómo, siendo tan gordo y pesado, logró llegar hasta el nivel de las nieves perpetuas; de bajada recorrió varios de los páramos y bosques de la zona del Quindío, para luego descender a Cartago y Buga.

Concluidas sus tareas en la Cordillera Central, Linden regresó a Bogotá por Ambalema, Honda y Guaduas; en la capital se encontró con Hartweg, un botánico que recogía plantas por cuenta de la Real Sociedad de Horticultura de Londres. Los dos viajeros realizaron una excursión a Pacho, y allí encontraron por primera vez una bella orquídea, hoy llamada *Odontoglossum crispum*, muy rara y escasa por entonces. Al regreso, la cultivaron ampliamente en los invernaderos, logrando venderla con gran éxito y ganando con ello varios millones de francos en los años siguientes.

Linden dejó a Bogotá y retornó a Tunja; de allí siguió a Soatá para remontar el páramo de Almorzadero, desde donde volvió a Pamplona, tras lo cual pasó a Venezuela. Meses después regresó a Colombia, desembarcando en Riohacha, desde donde, en un nuevo milagro, ascendió a la Sierra Nevada de Santa Marta, pasando por Dibulla, Santa Ana, Arhuaco y Taquina. A pesar de su gordura, llegó hasta los 4.800 metros de altitud. Linden había nacido en Luxemburgo y se radicó en Bélgica; por eso era un típico habitante de los países bajos. Quizás por ello, y por contraste, le atraían tanto las alturas.

Gracias a su afabilidad y buenas maneras, Linden hizo bastantes amigos en Colombia, y a su retorno se desempeñó como Cónsul de la Nueva Granada en Bruselas, cargo que mantuvo entre 1853 y 1867.

Además de ser cautivado por la enorme diversidad y belleza de las plantas colombianas, Linden se aficionó a los cigarros de Ambalema y a los sombreros tejidos con hojas de "iraca". Lugar preferencial en su equipaje ocupaban numerosos paquetes de cigarros, algunos sombreros y unos cuantos estuches hechos con hojas de iraca. Los cigarros se fueron agotando, y ya en Bruselas añoraba el humo aromático del tabaco cultivado a orillas del río Magdalena.

Llevaba también numerosas semillas y bulbos de orquídea que luego serían cultivados en sus invernaderos, así como plantas de anturio, begonia y numerosos helechos que pensaba aclimatar. Igualmente, abundaban ejemplares de herbario, necesarios para estudiar la diversidad de la flora y para redactar su libro.

Cosecheros de tabaco ensartando hojas. Prov de Mariquita. Henry Price



Un truco curioso: cigarros por libros

En medio del bosque, y bajo un cobertizo donde preparábamos las plantas para el herbario, mantuve largas charlas con el señor Schlim. Entre muchos temas, forzosamente, nos referíamos a las plantas, a su enorme diversidad en las selvas tropicales, a la dificultad de clasificarlas. Él venía provisto de unos cuantos libros y de un equipo adecuado para conservar los ejemplares destinados al herbario, lo cual contrastaba con mi carencia de libros y con las burdas tablas y cabuyas que yo empleaba para pensar mis materiales.

Gracias a Schlim, mejoré mis técnicas de recolección, y fue él quien me sugirió proponerle al señor Linden un intercambio de plantas y semillas por libros modernos. De regreso a Bogotá, me puse en contacto con Linden planteando el intercambio, que fue aceptado de inmediato. Para mi sorpresa, el destacado horticultor no solo quería que le enviara plantas y semillas, sino que solicitaba –y con carácter urgente– abundantes cigarros de Ambalema y un sombrero. Además, añadió un nuevo artículo al intercambio. Acuarelas con cuadros de costumbres.



Schlim había visto el trabajo de los pintores de la Comisión, y admiraba las acuarelas hechas por Enrique Price, Carmelo Fernández y Manuel María Paz. Incluso había llevado algunas que ellos le regalaron. Linden vio las pinturas y quiso tener unas cuantas. Era explicable tal deseo, pues aparte del valor estético, las acuarelas le recordaban los paisajes y las gentes de un país que le había acogido con suma amabilidad.

Entre los libros llegados de Bruselas y que fueron esenciales para mí, se contaban las mejores obras del momento. De todos ellos el que más utilicé fue *Genera plantarum* de Endlicher. El sistema de clasificación allí expuesto era sumamente lógico y muy cómodo de utilizar; los géneros aparecían numerados y ordenados por afinidades, quedando agrupados los más parecidos; esto me facilitaba recordar los caracteres distintivos, y ubicar con facilidad las especies; bastaba un rápido análisis para identificar cada planta; además podía deducir cuáles eran desconocidas para la ciencia.

Por las anteriores ventajas adopté ese sistema y lo utilicé para organizar mi herbario, y para arreglar los catálogos y las etiquetas de mis plantas. Este trabajo me permitió comprender plenamente la organización de los vegetales. Tanto manoseé ese libro, que en París tuve que reemplazarlo, pues el que usaba en Bogotá quedó deshecho.



Campamento de la Comisión Geográfica en Yarumito

Trabajando en el campo

Los trabajos con la Comisión eran arduos; apenas aclaraba el día despertábamos y, dependiendo del clima, iniciábamos las actividades con un baño en alguna quebrada o en la orilla de algún río. En los páramos el baño se hacía por la tarde, cuando aparen-



temente el sol había calentado el agua; ésta era apenas una ilusión, pues en las tardes el agua era igualmente fría

A veces, el desayuno consistía en una gran arepa de maíz, una taza de caldo de papa con cilantro picado, una changua, o un picado, que eran variantes del caldo con carne o con huevo. Otras veces, nos daban carne asada de res o de chivo, huevos y plátano frito.

Hoy, recluido en este hospital, recuerdo con nostalgia el aroma y el sabor de esos desayunos, que unas veces continuaban con una humeante taza de café con panela, otras con un tazón de chocolate, o con un jarro de leche recién ordeñada.

Durante el día nos separábamos por grupos para realizar nuestras respectivas tareas. En el curso de la jornada nos refrescábamos con guarapo que se llevaba en un gran calabazo; en algunas partes nos ofrecían “guarrús” o “masato”, que eran igualmente refrescantes, pero que a muchos les causaban descomposición estomacal. Más de una vez y con vergüenza, alguien debió salir corriendo en busca de un matorral.

Un primer grupo hacía los levantamientos cartográficos y las triangulaciones con la ayuda del teodolito; con precisión establecían puntos de referencia para trazar los mapas; al comienzo de la noche hacían observaciones astronómicas para confrontar los datos. Otro grupo tomaba apuntes sobre los suelos, los recursos naturales y los cultivos de la región; un tercer grupo hacía censos de población y determinaba el estado de las vías, al tiempo que fijaba las altitudes y las distancias; los pintores tomaban apuntes para sus cuadros, reproduciendo los paisajes más notables, o retratando en el papel a las personas con sus gestos, sus costumbres y sus modos de vestir.

A mí me correspondía recolectar las plantas, clasificarlas y preservarlas con la ayuda de las prensas y de abundante papel; todos los días cambiaba las hojas húmedas por papel seco, con el fin de evitar que mis muestras se fermentasen o fuesen atacadas por los hongos. Si eso sucedía, se perdían el material y el trabajo. También anotaba los nombres vulgares empleados en cada región y los usos dados a las plantas.

Casi siempre me acompañaban uno o dos peones que colaboraban en la recolección de las muestras; con gran habilidad subían a los árboles para bajar ramas con flores o con frutos, cargaban las prensas, y ayudaban a preparar los ejemplares debidamente numerados; mientras tanto yo tomaba las notas y asignaba un número a cada planta.

Recuerdo con cariño a varios de mis colaboradores. En la primera salida me ayudaban Justo y Ananías. Justo había nacido en Soatá y era cotudo

como la mayoría de sus paisanos. Aunque bajo de estatura, era fuerte y ágil, y subía a los árboles con más facilidad que un mico. Desde arriba me preguntaba: —¿Sumercé qué rama es la que quiere? Tomaba grandes cantidades de guarapo y era un destacado consumidor de arepas. Ananías era un mulato nacido en Ocaña y que aprendió rápidamente a preparar las plantas, las que guardaba con esmero en paquetes muy bien hechos.

En el segundo viaje me colaboraron Vicente y Abraham. El primero era un muchacho que había escapado de su casa porque el padre lo maltrataba. Yo le trataba con afecto, y por eso me servía con suma fidelidad. Abraham era serio y reservado. A duras penas respondía, pero era muy responsable en las tareas que se le asignaban.

Cuando trabajamos en el Chocó, mi asistente era un negrito llamado Diosdado, a quien yo molestaba llamándole “Diostedé”. Entre carcajadas respondía: —¿Pero acaso mi amito me ha visto nariz de diostedé? Yo no me parezco a ese pajarraco tan picón.

De mis colegas recuerdo con especial afecto a Manuel María Paz, un militar retirado que, de soldado raso, había llegado a coronel, coronando su carrera como miembro del Estado Mayor del Ejército. En la Comisión hacía las veces de cartógrafo y pintor, y con el tiempo se convirtió en la mano derecha de Codazzi.

Paz socorrió a Codazzi en su enfermedad y le dio cristiana sepultura. Yo tuve la satisfacción de colaborar cuando se editaron en París algunos de los mapas que había preparado con la ayuda de Manuel Ponce de León. Y más satisfecho quedé cuando se publicó el *Atlas geográfico e Histórico de la República de Colombia*, obra dedicada a Codazzi, y en la que aparecen los principales mapas de Paz con un texto explicativo redactado por mi primo Felipe Pérez.

Con el atlas y con el *Itinerario de Distancias*, Paz vio culminados parte de sus trabajos, aunque aún anhela publicar las acuarelas con los cuadros de costumbres, cosa que nunca ha logrado por los costos que implica reproducir a todo color, tantas y tan bellas acuarelas.

“Manuel M”, como le llamábamos, ha sido siempre un caballero; jamás dudó en colaborar con los demás; con sus ocurrencias hacía gratas las labores en el campo, y alegraba los ratos de descanso. No recuerdo haberle visto de mal humor, a pesar de sobrar los motivos para un disgusto; en más de una ocasión, la lluvia mojó sus papeles, corriéndose la tinta de sus mapas y dibujos. Se divertía burlándose de sí mismo, y pacientemente los repetía.

Tampoco se alteraba cuando la comida era mala y escasa, o cuando la cama resultaba dura e incómoda; de igual manera conciliaba el sueño; una

vez, en medio de un camino, resbaló y cayó en un charco; se levantó completamente embarrado pero sonriente; sólo se le veían blancos los ojos y los dientes, y parecía un muñeco de chocolate de los que venden en Navidad.

Otra vez sufrió el feroz ataque de un enjambre de abejorros que le persiguieron hasta una quebrada, donde tuvo que lanzarse. Salió mojado hasta los huesos y con un párpado hinchado, pero no perdió su buen humor. Su comportamiento siempre afable y paciente nos reanimaba, y nos ayudaba a soportar las incomodidades propias de nuestras condiciones de trabajo.

Fueron muchos los trabajos realizados durante las excursiones; algunas las hice con mis compañeros de la Comisión; otras veces las hice solo, y las restantes en compañía de botánicos extranjeros que visitaban la Nueva Granada; con ellos compartí conocimientos, y descubrí que mis conocimientos eran sólidos; sin excepción eran bien preparados; por eso era interesante intercambiar experiencias y discutir sobre plantas. En unos casos aprendí de ellos, en otros pude enseñarles las particularidades de la flora tropical.

Recuerdo con especial cariño al doctor Hermann Karsten, un destacado profesor alemán con quien realicé dos viajes, el primero en 1854 cuando fuimos desde Bogotá, hasta Cartago. Allí nos separamos; él siguió hacia el Ecuador, en tanto que yo regresé a la capital. Un año después hicimos un nuevo recorrido por el oriente de Cundinamarca y los llanos de San Martín.

Estudiábamos las plantas en compañía y descubrimos varios géneros nuevos y un buen número de especies hasta entonces desconocidas. Con él publiqué en 1854 mi primer trabajo científico, un folleto titulado *Nuevos géneros y especies de plantas para la flora Neogranadina*. Para que este trabajo alcanzase mayor difusión entre los investigadores, Karsten lo publicó de nuevo en *Linnaea*, una de las revistas científicas más acreditadas en Europa. Como resultado de su viaje, en 1857 publicó un trabajo titulado *Plantae columbianae*; luego editó *Flora columbiana*, un hermoso libro en dos volúmenes con numerosas láminas en color.

Entre los compañeros de viaje recuerdo también a Julius von Warscewicz, un polaco con quien compartí un largo recorrido, y al químico y naturalista norteamericano Isaac Farwell Holton, a quien acompañé en varias salidas de pocos días, pero con quien me divertía ampliamente por sus comentarios jocosos en torno a todo lo que veía.

Holton escribía en un diario todas sus observaciones, y con sus apuntes y experiencias redactó un interesante libro que tituló: *La Nueva Granada, veinte meses en los Andes*.

Todo le interesaba; no sólo las plantas tropicales, que eran el motivo de su viaje, sino las costumbres de las gentes, los acontecimientos políticos, la arquitectura de las casas y de las iglesias; las comidas típicas o criollas no escapaban de sus críticas, y consideraba muchos platos como porquerías indignas de los seres humanos. Decía que era menos ofensiva “una nombrada de madre” que un plato de sancocho.

Sus anotaciones sobre las condiciones sociales y económicas de la Nueva Granada, aunque pertinentes, y a veces descarnadas, no pueden compararse con el rigor de las observaciones que hacía el doctor Manuel Ancizar quien las publicó en su famosa *Peregrinación de Alpha*, una de las obras que produjo la Comisión Corográfica.

Ancizar trabajó sólo un año con la Comisión y su libro se refiere al primer viaje que nos llevó hasta Pamplona. Durante el recorrido entablamos una amistad que no perduró, pues luego viajó a Ecuador, Chile y Perú; por eso nunca volvimos a vernos. De él escuché atinadas observaciones en torno a la geografía y a las relaciones humanas. Cuando regresó a Bogotá le nombraron Secretario de Relaciones Exteriores y luego fue rector de la Universidad Nacional, cargo que desempeñaba cuando murió en 1882. Siendo rector, me invitó a regresar a Bogotá para asumir una cátedra en la universidad. Agradecí este ofrecimiento, pero mis ocupaciones en Europa me impedían retornar.

Fueron muchas las noches y los días que pasé organizando el herbario y preparando duplicados para traer a Europa; semanas enteras dedicadas a la organización y determinación de mis plantas, tarea que para muchos podía resultar tediosa, pero que para mí fue fundamental por los enormes conocimientos que adquirí sobre la flora de Colombia.



La ciencia amable, las plantas y el hombre

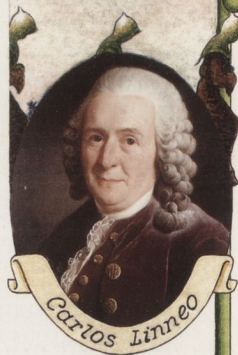
Estoy muy molesto en este hospital, y ya me aburren los médicos y las enfermeras; quisiera ser un mago como los de *Las mil y una noches*, para escapar por la ventana montado en una sábana mágica. En vez de viajar en sábana, debo conformarme volando con la imaginación.

Desde hace cuarenta años, muchas personas me han preguntado: “¿Para qué sirve la botánica?, ¿Por qué, siendo médico se dedicó a estudiar plantas en vez de hacerse rico tratando a numerosos pacientes?” Nueva-mente les respondo: “Nunca abandoné la medicina, y aun la practico; soy un médico acreditado entre la colonia latinoamericana y entre la gente de mi barrio. Pero debo añadir que no me arrepiento de haber escogido la botánica como complemento de mi educación”.

Linneo llamó a la botánica “la ciencia amable”, y no se equivocó al darle tal calificación. Se trata en verdad de una ciencia grata, y su práctica proporciona muchas satisfacciones. Nada más agradable que descubrir una especie nueva, ponerle un nombre, y darla a conocer a la comunidad científica.

Los botánicos tenemos el derecho de escoger el nombre de los nuevos géneros y especies; tales nombres deben ser acogidos y respetados por los demás. Según lo queramos, podemos rendir un homenaje a un personaje notable, o destacar una cualidad de la planta, o referirnos al lugar donde habita. A su turno, los colegas nos pueden dedicar plantas dándonos nuestro nombre; con esto se logra una especie de inmortalidad. Mientras exista el mundo, cada planta conservará su nombre. Ya son varias las especies bautizadas con mi apellido, lo cual me hará perdurable, al menos en los herbarios y en los libros científicos.

Qué mayor satisfacción que publicar una monografía, y tener la seguridad de que somos quienes más sabemos de un tema; nuestro libro, por modesto que sea, enriquecerá el conocimiento universal. Y qué emocionante fue para mí el contemplar en Madrid las preciosas láminas de la Expedición Botánica, e identificarlas una a una. Por todo esto, amo la botánica; esta ciencia que ha sido parte importante de mi vida.



Admiro cada planta en la belleza de su simplicidad, pero lo que más me atrae es la vegetación en su conjunto. Las plantas embellecen el paisaje y hacen grata la vida. ¿Qué hay más hermoso que un atardecer poblado de arboles con el perfil de los árboles dibujado en la cima de los montes? ¡Y cuán bello es el espectáculo de los sietecueros, los cámbulos o los ocbos, cuando se cubren de flores, contrastando el verde del follaje con el púrpura, el amarillo o el rosado de sus pétalos!

Para mí no hay nada más llamativo e imponente que un páramo pleno de frailejones, con sus peludas hojas plateadas o doradas, y su corona de flores amarillas. Y precisamente se llaman frailejones, porque en medio de la niebla se parecen a una enorme procesión de monjes arropados con sus capas y capuchas.

Y cuando miramos desde las cimas del páramo hacia los valles, apreciamos una vez más el contraste de colores en la vegetación; el verde amarillento de los guaduales alterna con el blanco grisáceo de los yarumos, y con el verde oscuro de los alisos y dulumocos. Y todo aparece manchado por una profusión de flores en árboles y bejucos.

¡Cuán bella es la paz que se vive en medio de la selva!; allí se aspiran el aroma del poleo y el fresco olor de los musgos; como en un enorme templo, bajo la bóveda de las hojas, y como columnas aparecen árboles gigantes con enormes raíces; a su lado, y en actitud humilde, los arbustos y las pequeñas hierbas; sobre los troncos diminutas orquídeas y helechos, que alternan con las ramas colgantes de los bejucos, y con los anturios y los platanillos de vistosas flores.

Este imponente paisaje se adorna aun más con el murmullo de las aguas, el canto de las aves, el zumbido de los insectos y de los colibríes, el paso multicolor de las mariposas, y la presencia de tímidas lagartijas que cambian de tono. En últimas, todos los animales buscan allí refugio y alimento.

Siento bastante sueño y el dolor no me abandona del todo, pero no quiero dormir sin cerrar estos recuerdos. La botánica me ha servido no sólo para lograr un lugar destacado entre los científicos de Europa, sino para vivir decorosamente.

Gracias a mis trabajos he recibido premios, distinciones y condecoraciones, que compensan ampliamente las caminatas y los esfuerzos realizados al recolectar las plantas bajo el sol o la lluvia. Satisfacen también las prolongadas ausencias del hogar, y el dolor de estar lejos de los seres queridos, especialmente en algunas fechas en las que quisiésemos estar reunidos al calor del hogar.



Chilodactylus 88

Dalmanella 87

Mammalia 88

Piprachata 89

Inflectron 90

Cicochiten 91

Residencia de José Jerónimo Triana,
en los alrededores de Paris



Chilodactylus
"11. plura. Los hijos de la señora
occidentales"
Triana, de Bogotá
9/11/1853. del 1853.



HERBARIUM DE J. TRIANA
1853

HERBARIUM NACIONAL COLOMBIANO
HERBARIUM DE J. TRIANA

HERBARIUM NACIONAL COLOMBIANO
HERBARIUM DE J. TRIANA

HERBARIUM NACIONAL COLOMBIANO
HERBARIUM DE J. TRIANA

Los triunfos y las distinciones me han hecho olvidar los toldos y cobertizos donde acampábamos, durmiendo incómodamente en una hamaca, o sobre una estera, soportando siempre el ataque de los mosquitos, las chinches y los jejenes.

La satisfacción de ver publicados mis escritos, y saber que mis observaciones y conceptos han sido aceptados, y se comentan en las obras de destacados colegas, deja sin importancia los porrazos sufridos al resbalar en el barro, las ampollas producidas por las botas mojadas, las llagas causadas en las piernas por las mulas, y los rasguños ocasionados por zarzas y espinas.

Hoy es 29 de octubre; tengo algo de fiebre y aún no es la hora permitida para las visitas; lo que más anhelo es poder tener a Mercedes a mi lado; mientras viene, debo mantener la mente ocupada para distraerme y olvidar el dolor. Sigo pensando en las plantas. Ellas siempre han estado ligadas a la historia del hombre, y le han servido para resolver sus necesidades. Desde la antigua Grecia la medicina y la botánica están asociadas, y muchas de las dolencias que nos aquejan se curan con las plantas.



Códice Florentino

Una clase imaginaria

i hoy tuviese que enseñar, ¿qué le diría a mis estudiantes en relación con las plantas y la cultura? Vuelvo al salón, y desde el estrado pregunto: —Señor Godard, ¿qué necesita un hombre para vivir dignamente? ¿No lo sabe? Pues sepa que le bastan tres cosas: alimento, vestido y la vivienda.

“A lo largo de la historia se han solucionado estas necesidades con las plantas. Los vegetales son



los únicos seres capaces de transformar la energía del sol en alimentos. Con sus raíces se fijan al suelo y toman de allí el agua y las sustancias nutritivas; gracias al agua, a las sales nutritivas y al sol, en las hojas y en los tallos se producen los azúcares, las proteínas, y las demás sustancias que necesitan para crecer, florecer y producir semillas.

"Y usted señor Vincent, ¿qué opina de los animales y su relación con las plantas? Pues sepa que los animales herbívoros se alimentan con plantas; por ello pueden moverse, crecer y multiplicarse. A su vez, los carnívoros sobreviven comiéndose a los herbívoros o tragando a otros carnívoros.

"Los desechos, los cadáveres de los animales, la madera podrida, y las hojas secas que caen al suelo, se descomponen gracias a la actividad de los hongos y de los microbios; sirven no sólo de abono, sino que ayudan a formar el suelo. Sobre el suelo crecen nuevas plantas, donde se alimentan y refugian los animales. Como ven señores, existe un orden natural muy bien establecido, en torno al cual se desarrollan los seres vivos.

"Señor Duchamp; en vez de distraerse, escuche con atención. Sepa que los indígenas, simplemente buscan frutas y semillas, y cazan o pescan para quitarse el hambre; en vez de trajes como el suyo, cubren sus cuerpos con fibras sacadas de las cortezas de los árboles, o con pieles de animales. La vivienda para ellos no es importante, pues llevan una vida errante; por ello pasan las noches en chozas construidas con troncos y hojas, o buscan abrigo en las cuevas, o bajo las rocas.

"Y usted, señor Leclerc, que en vez de atender parece estar dormido; entienda que el progreso y la cultura han permitido avances notables; hoy nadie queda contento, simplemente por saciar el hambre con unos pocos bocados, y pasar la noche bajo una enramada. Todos, ustedes y yo, queremos más comodidades; por eso, los fabricantes necesitan materias primas para elaborar sus productos; los comerciantes necesitan abastecerse para vender y satisfacer nuestras demandas. ¿Y de dónde vienen la mayoría de los alimentos y las materias primas de que hablamos? Correcto señores, vienen de las plantas.

"No olviden jóvenes, que gracias a los cereales florecieron las civilizaciones. Sin el trigo, Europa no hubiera progresado. Con la seguridad de una cosecha, los primitivos emprendieron la aventura de colonizar nuevos territorios; con un puñado de semillas en una alforja se alejaron de las costas y llanuras, donde eran más frecuentes las enfermedades, y se lanzaron a la conquista de las montañas. Sabían que sembrando esas semillas, al cabo de unos meses obtendrían una abundante cosecha. Moliendo los granos tendrían

la harina, y con la harina se amasaba el pan y se evitaba el hambre. Los poblados florecerían alrededor de los cultivos.

"¿Han entendido señores? Pues bien, procesos semejantes se repitieron en el Asia con granos de arroz, en el África con semillas de sorgo, y en América con granos de maíz. Así se fueron dando las distintas civilizaciones.

"¿Alguien podría explicarme la importancia de la madera? ¿Nadie se atreve a responder? Yo contesto por ustedes: la madera ha servido para construir y amoblar cómodamente las casas. De los árboles no sólo se sacan tablas, vigas, postes, asientos, camas, mesas y repisas; también se extraen resinas y alcoholes industriales; con el aserrín se fabrica el papel, en tanto que los restos sirven como leña o combustible. Gracias a la madera se construyeron los barcos que hicieron posible surcar los mares y descubrir nuevas tierras. Las carrileras de los trenes se asientan sobre durmientes de madera, y los postes del alumbrado y de las redes eléctricas son del mismo material.

"Ustedes, como estudiantes de medicina, deben saber que muchas plantas contienen sustancias medicinales con las que podemos aliviar el sufrimiento físico o mental de los pacientes y combatir sus enfermedades. Otras plantas producen materias útiles para teñir y colorear las telas y el papel, o sirven para fabricar pinturas.

"Señor Leblanc, ¿sabe por qué sus guantes son suaves, y por qué el cuero de sus zapatos no le produce ampollas? Esa suavidad se debe a que las pieles han sido curtidas con taninos, sacados de las cortezas o de los frutos y semillas de algunos árboles. Y para que no se le olvide la importancia de los taninos, aprenda que las tintas se preparan con ellos, porque son capaces de impregnar las fibras del papel. Así, usted puede escribir y leer el periódico.


"A todos nos gusta el vino y el queso. Pues no olviden que los quesos y los vinos se hacen fermentando la leche y el mosto de la uva. Y las levaduras que fermentan son hongos. ¿Y qué hacemos para taponar las botellas y evitar que el vino se avinagre? Correcto. Usamos el corcho que se forma en la corteza de algunos árboles; ese corcho sirve también para revestir los muros y las paredes, con lo cual pueden aislarse el frío, el calor, y el ruido.

"Señor Bursy: tenga la seguridad de que el perfume que le regalé a su novia estaba elaborado con aceites esenciales; y que el incienso y la mirra que los reyes magos llevaron al niño Jesús en el pesebre eran sacados de plantas. Y las papas fritas que tanto le gustan, se frieron con aceite de oliva.

"¿Y qué decir del caucho que se empieza a utilizar con éxito como aislante de la electricidad? Les puedo asegurar que en el futuro la electricidad

va a ser muy importante; y el caucho va a convertirse en un material muy útil por ser elástico, liviano, impermeable y aislante. Ustedes lo vieron: en la exposición universal del año pasado se exhibían mangueras de caucho, muy prácticas para conducir el agua. También había bicicletas con llantas de caucho infladas a presión; esto hace que la marcha sobre el pavimento sea extremadamente suave.

"No olviden, señores, estas enseñanzas. Piensen que estamos en deuda con las plantas y que son muchos los beneficios que recibimos de ellas. Y, sobre todo, recuerden esto cuando regalen flores a una bella dama".



Un jarabe y otros productos de origen vegetal

o sé si he dormido poco o mucho; por el tiempo que llevo acostado, y por los calmantes que he recibido, he perdido la noción del tiempo. Entre recordar a mi familia y pensar en las plantas se me pasan las horas. Ha sido casi una obsesión

hacer este recorrido de mi vida y traer a la memoria hechos casi olvidados. No deseo tomar el caldo insípido que me traen y prefiero olvidar la comida. Afortunadamente, no me traen verduras, así sean un producto vegetal.

Mi vocación ha sido la del investigador, y los trabajos que más satisfacciones me han dado, han sido los de tipo taxonómico, es decir, aquellos que se ocupan de la clasificación de las plantas. Sin embargo, nunca dejé de lado la posibilidad de aprovechar sus productos, llevando a la práctica algunas observaciones, y resolviendo problemas concretos.

R

POUDRE COLOMBIENNE
SANTAL, BÉ-
TÉ, ERMONIE
Pour employer, solliciter et blanchir les dents, pré-
paration, essentiellement végétale, purifiant la mu-
queuse buccale et recommandée par le D^r J. TRÉVANA.
Hygiène, innovation d'un des plus célèbres dentistes de
notre temps, nous fait un devoir de la faire con-
naître en Europe, et de en faire profiter les personnes
qui s'occupent de leur santé.
Paris: 25, rue de la Harpe.
Vente en gros et détail 15, rue Montigny, aux
Bureaux de la Société Latine-Américaine.

Gracias a la divulgación hecha en los periódicos de Bogotá logré que algunas especies empezaran a ser cultivadas comercialmente. A la vez, me favorecí de otras para elaborar varios productos, que luego de patentados se han vendido con éxito. Como buen médico, he mejorado por igual a mis pacientes y a mi bolsillo.

Con las gomas y resinas de varios árboles usados por los naturales del Chocó, fabrico el "Emplasto Andino", un apósito muy útil en el tratamiento de torceduras, calambres y esguinces. El "Jarabe Triana", preparado con almíbar de cerezas, goma arábica y unos pocos extractos vegetales ha sido todo un éxito en el tratamiento de la tos persistente y de la bronquitis. El "Verde Triana" no es otra cosa que la aplicación de un principio utilizado por los indios de Boyacá y por los campesinos de Túquerres, quienes siempre han utilizado las hojas maceradas del "chilco" para teñir las telas y las ruanas. El secreto para que el color agarre consiste en que las hojas deben estar infectadas por un hongo llamado *Microcyclus tinctorius* que les confiere esa propiedad.

Los polvos dentífricos que vendo con el nombre de *Poudre Colombienne*, han alcanzado fama como un elemento importante en la higiene dental. Curiosamente, los indígenas que consumen coca conservan los dientes sanos, aunque se les pueden ennegrecer. Yo atribuyo la ausencia de caries dentales a la presencia de la cal. Por ello, preparo mi dentífrico con ceniza mezclada con pequeñas cantidades de coca, a la que añado extractos vegetales sacados del cordoncillo; esto le da un sabor agradable y refrescante. Está comprobado que los polvos ayudan a conservar, solidificar y blanquear los dientes.

Con las cortezas de quina he preparado vinos reconstituyentes, y lo mismo he hecho con las hojas de coca, para fabricar vinos que confortan a los convalecientes. En fin, he logrado combinar la botánica pura con la botánica aplicada.

No sé qué calmantes me están aplicando; a lo mejor no me dan ninguno; no deja de ser irónico que ahora sufra dolores, cuando hace años logré introducir a la farmacopea un importante calmante extraído de las hojas de la coca. Esta planta es propia de los Andes de América del Sur, y no ha sido aprovechada con fines terapéuticos.

Gracias a mis estudios y a la promoción que hice durante varios años, hoy se aprecian en Francia las propiedades de la coca; son varias las preparaciones elaboradas con sus hojas, que ahora se usan como anestésico, como tónico del sistema nervioso, o como calmante. Con el doctor

Arnaud realizamos importantes investigaciones y logramos cristalizar el principal alcaloide.

Yo aproveché la Exposición Universal de 1867 para presentar la coca bajo un nuevo punto de vista, como era el de sus aplicaciones médicas. Con esto logré una nueva imagen para esa especie, que pese a ser conocida en Europa desde 1553, cuando Pizarro conquistó el Perú, se la ignoraba como fuente de sustancias útiles en la terapéutica.

Desde cuando trabajaba en el campo con la Comisión, vi cómo los indígenas aprovechaban las distintas propiedades de la coca; el “mambe”, les sirve para soportar el hambre y mantener las fuerzas mientras trabajan, o cuando caminan largas jornadas; lo preparan con hojas tostadas y molidas que se mezclan con piedra caliza, cenizas de yarumo, o conchas molidas de caracol; en el borde del recipiente que usan para sus polvos se forma una costra, que usan para quitar el dolor de muela; el té hecho con hojas frescas sirve como tónico del corazón y del estómago.

La coca debe convertirse en un importante renglón de la economía por la cantidad de componentes útiles que contiene. Nadie es profeta en su tierra; mientras en Francia me escucharon e introdujeron la cocaína en la “materia médica”, usándola como anestésico local, y como tónico de los sistemas nervioso y digestivo, en Colombia no me han hecho caso.

En más de una oportunidad, llamé la atención del gobierno, señalando la necesidad de fomentar el cultivo, para iniciar la exportación de hojas. En 1873, envié un memorial al Secretario del Interior, insistiendo en ello, pues la planta había ganando un puesto importante en la farmacia, como base para preparaciones similares a las hechas con la corteza de la quina. La demanda de hojas fue en aumento; en 1872, el precio de un kilogramo en París era de 16 francos, cantidad que superaba ampliamente al de la quina, duplicaba el del añil, y triplicaba el del tabaco. Ojalá, algún día se aproveche adecuadamente este importante recurso, para mejorar la economía nacional.

Familia Triana Umaña





Por fin me visita mi familia

e disfrutado plenamente la visita de mis familiares. ¿Qué puede haber más conveniente para un enfermo que la compañía de sus seres queridos? Quiero casi con veneración y por igual a todos mis hijos, incluso a aquellos que murieron recién nacidos, en la infancia, o en plena juventud.

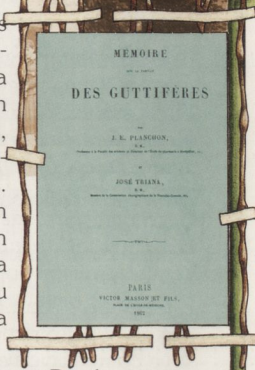
Fueron quince en total. De los que murieron guardo un hermoso recuerdo, en especial de Merceditas, a quien llamábamos "Bichonette"; nos dejó en plena adolescencia por culpa de una anemia perniciosa; aún extrañamos su sencillez y ternura sin límites. Igualmente, no olvido a Lorenzo, quien no pudo superar la tos ferina.

Mercedes siempre ha sido comprensiva y nada exigente. Desde que nos casamos entendió que mi carrera científica, y nuestra supervivencia y bienestar dependían de mi trabajo, y del cumplimiento de mis contratos. Nunca acabaré de agradecer su generosidad y entrega. Tuvo que aprender por su cuenta un nuevo idioma, cosa que logró con relativa facilidad. Debí aguantar privaciones cuando faltaba el dinero, estirando mis escasos ingresos para cubrir los principales gastos del hogar.

Mercedes padeció en silencio la pérdida de sus seres queridos alejada de la patria y de su familia. Además de ser el eje de nuestro hogar, le correspondió hacer las veces de esposa y madre con parientes enfermos o moribundos, que encontraron en ella al único ser que les asistió y socorrió al enfermar lejos de sus hogares. Aparte de la muerte de nuestros hijos, el caso más triste lo vivió en noviembre de 1859, cuando mi sobrino Ricardo Lleras murió en sus brazos, a pesar de todos los cuidados que se le dispensaron.

El nacimiento de Andrés nos produjo mucha emoción; ayer un tierno e indefenso niño, hoy un apuesto caballero; siempre responsable y estudioso, se ha convertido en un importante ingeniero que trabaja en distintos países. De una parte, ha saboreado los éxitos profesionales; de otra, tuvo el tremendo dolor de perder a Urania su primera esposa. Afortunadamente ha reconstruido su vida al lado de Madelaine Gras.

Hace tiempo no lo veo. Ahora está en los Estados Unidos. Su hijo Rodrigo fue nuestro primer nieto; luego vino Luisito, el niño de Liboria y de Luis Sáenz de Santamaría; de ellos espero un nuevo nieto que debe nacer por estos días.



Nuestra primera niña fue Matilde, “la negrita”, y a quien ahora apodamos “condesa”, pues su marido, Paul Carbonat, ostenta el título de “Conde de Sedieres”. Aún no tienen hijos, y desde el año pasado residen en Ecuador. Manuelita y Josefa María están en la flor de la edad. A José Antonio, el pequeñín, apenas se le abre el mundo, aunque ya habla de ser ingeniero como su hermano mayor.

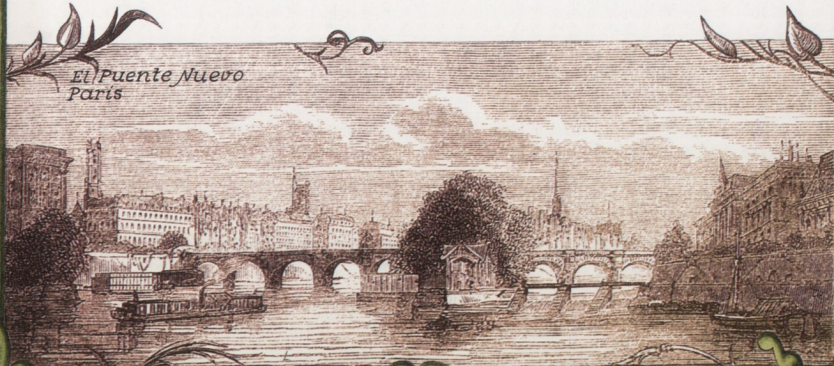
Quiero mucho a mis hijos; pero qué decir de Mercedes, mi negra adorada, mi compañera y el amor de mi vida. Pienso que sin ella no habría logrado ni la quinta parte de lo que me ha deparado la vida. Gracias a su solidaridad pude dedicarme de lleno y sin descanso a la identificación de los casi siete mil ejemplares que constituyen mi herbario. Gracias a su ayuda pude ausentarme del hogar para trabajar en Montpellier, Madrid, o Londres.

En los Reales Jardines de Kew trabajé durante dos largos y calurosos veranos, colaborando con el doctor Hooker y su hijo, en la identificación de las plantas tropicales de América. Para mí fue muy útil y grato poder discutir con ellos aspectos relativos al sistema de clasificación que estaban preparando. Me tocó resolver lo relativo a las melastomatáceas, la familia botánica de mis preferencias.

En Mercedes tuve que delegar buena parte de la educación de los niños; ella se ocupaba de las labores hogareñas, y atendía a los pequeños mientras yo trabajaba de sol a sol, unas veces, en el Museo de Historia Natural, otras, consultando los herbarios de los grandes naturalistas, que por entonces se hallaban dispersos en la ciudad.

Por aquel tiempo redactaba con la colaboración de Jules Emile Planchon la *Memoria sobre las Gutíferas* y el *Prodromus florae Novo Granatensis*, mis dos primeros libros.

*El Puente Nuevo
Paris*





Una aventura que más fue desventura

Quizás el peor y más desagradable contratiempo lo padeció Mercedes a los pocos meses de llegar a París; aún no dominaba el francés y conocía poco la ciudad. En ese entonces vivíamos en una casa de familia, donde compartíamos las instalaciones. Llevábamos casi un año de casados, y ya esperaba a Andrés. En esos días yo hacía mis primeros contactos con los científicos y debía trabajar en forma permanente en el Museo.

En ese tiempo creía que mis horas estaban contadas, y que en menos de dos años debería regresar a la Nueva Granada, llevando bajo el brazo un libro sobre las plantas útiles de Colombia. No podía imaginar que por diversas circunstancias me quedaría en Europa en forma permanente, y que París se convertiría en mi segunda ciudad.

He permanecido más tiempo acá que en Bogotá, pero siempre he mantenido una estrecha comunicación con mis parientes, y con los gobiernos a los que he representado como Cónsul o Vicecónsul. Además, he sido delegado de Colombia en varios congresos y reuniones científicas, y he tenido bajo mi responsabilidad los pabellones nacionales en las exposiciones universales de 1867, 1878 y 1889.

Pero vuelvo a Mercedes; por aquella época era todavía una tierna niña que apenas iba a cumplir los 17 años, aunque ya llevaba en el vientre a Andrés. Aún se sentía insegura en las calles de la gran ciudad; que resultaba impresionante al lado de Tunja, su ciudad natal, y de Bogotá, donde residió por cortas temporadas.

En la casa donde vivíamos contaba con la amabilidad de la dueña, quien hacía las veces de amiga y confidente, reemplazando a la madre ausente. Además de conversar con ella, no tenía más ocupaciones que tejer saquitos de lana para el bebé, leer y tocar el piano. Era frecuente el aburrimiento acompañado de la nostalgia por los parientes ausentes.

Cuando estábamos juntos, paseábamos por los alrededores, cosa que tan sólo ocurría los fines de semana. Yo la había animado a que saliese sola, pues el encierro le hacía daño; era conveniente que tomara el sol y caminara un poco; de paso, iba conociendo la ciudad y practicando el francés.



Tanto la animé que, por fin, una mañana acató mis sugerencias. Ésta, una de sus primeras aventuras por las calles de París, estuvo a punto de causarle un fuerte trauma, y la afectó por mucho tiempo; sólo el cariño y comprensión de quienes la rodeábamos lograron curar su herida.

La policía de la ciudad buscaba afanosamente a un peligroso terrorista que, en nombre de los anarquistas, había lanzado una bomba al paso de la carroza imperial; allí viajaban Napoleón III y su esposa, Eugenia de Montijo. El soberano salió ileso, aunque resultaron heridos o muertos algunos caballos, un cochero, y los lacayos que iban en el pescante.


Félix Orsini era el nombre del malhechor. Una de las pistas que tenían los gendarmes era que el terrorista tenía una amiga con quien vivía, o a la que visitaba con frecuencia; la tal amiga, de acuerdo con la descripción que poseían los detectives, era una mujer italiana, joven, más o menos esbelta, y con abundantes cabellos negros y lisos, descripción que, en líneas generales, coincidía con la de Mercedes, a quien aún no se le notaba el embarazo.

Infortunadamente, un policía acucioso vio pasar a Mercedes por la calle, la escuchó hablar con acento extranjero, y creyó haber descubierto la pista del terrorista. A los pocos minutos cayó sobre ella una horda de gendarmes y detectives, que la detuvieron para interrogarla, llevándola de inmediato a una estación de policía. Aterrorizada ante tan desagradable sorpresa, ella perdió el habla, y olvidó el poco vocabulario que por entonces manejaba; en medio de la angustia fue incapaz de defenderse y de aclarar su identidad.

Mi angustia al regresar y no encontrarla fue comparable al susto de ella. En mi cabeza no había ninguna hipótesis en torno a su desaparición, y la dueña de casa nada sabía sobre lo acontecido. Angustiado salí en su búsqueda, recorriendo primero los alrededores de la residencia, y luego el barrio entero. Al no encontrarla, acudimos a las autoridades. En la gendarmería descubrimos que había ocurrido un gran alboroto, pues detectives y policías creían haber capturado a la compañera del terrorista. Al indagar, descubrimos el equívoco. Han pasado treinta y dos años, y aún no puedo olvidar el triste espectáculo de mi pobre Mercedes ahogada en llanto, y en espera de ser rescatada.

El infortunado incidente tuvo un final feliz al aclararse las cosas. Ya en el hogar pude consolarla en medio de tiernas caricias. Poco a poco, fue recuperando la confianza, aprendió perfectamente el idioma, y al poco tiempo se comportaba con igual desparpajo que las parisienses, al punto de convertirse en mi mano derecha, en lo que a gestiones se refería. Además de

atender a los niños y de cuidar de la casa, era quien se encargaba de las compras, hacía diligencias administrativas, e iba al correo a recoger las cartas que nos traían las noticias, no siempre gratas de la patria lejana.



Batalla del Río Palo. José M^o. Espinosa Prieto

Mi patria, ¿un país violento?

Levo varios días divagando en este catre; en medio de la fiebre he recordado tantas cosas, que estoy listo para escribir mis memorias. Voy a dejar las plantas en paz, al menos por un rato, para pensar en el país, y en las situaciones por las que ha atravesado en los últimos años.

Recuerdo muy bien cómo, pasada la mitad del siglo, reinaba en la Nueva Granada la inestabilidad política; eran frecuentes las guerras civiles y las revoluciones. Esto nos afectó igualmente a todos; tanto a quienes estábamos ausentes y angustiados, observando la situación desde la distancia, como a quienes debieron sufrir en carne propia las desgracias de la guerra.

Realmente, Colombia ha pasado por no pocas adversidades; alcancé a participar en el conflicto causado por el general Melo, cuando derrocó a José María Obando, y derogó la Constitución aprobada en 1853. Recuerdo cómo el gobierno se reorganizó en Ibagué; se formaron dos ejércitos, conocidos como el del Norte, que comandaba Mosquera, y el del Sur, al cual pertenecí, y que estaba al mando de José Hilario López. Ambos ejércitos marcharon hacia Bogotá y derrotaron a las fuerzas de Melo. Siete meses duró su dictadura. Luego, el gobierno quedó a cargo del vicepresidente Mallarino.



Tiempo después fue presidente Mariano Ospina Rodríguez, y durante su gobierno se reformó la Constitución. Las reformas fueron mal recibidas por los liberales, y todo degeneró en otra guerra civil que se desencadenó poco a poco. En 1860, Mosquera declaró la independencia del Cauca, ejemplo que siguieron Magdalena, Bolívar y Santander. La guerra cesó al producirse la Convención de Rionegro, de donde surgió una nueva Constitución. Uno de sus redactores fue mi cuñado Lorenzo María Lleras.

La Constitución de Rionegro trajo grandes cambios; el país quedó formado por nueve provincias que adoptaron el nombre de "Estados Unidos de Colombia", nombre que reemplazó al de "Confederación Granadina". Mosquera fue nuevamente presidente, pero en 1867 lo derrocaron. Entonces asumió el mando Santos Acosta. En 1876 y 1877, estallaron nuevas guerras civiles.

Era inevitable que en las ardientes batallas resultasen parientes y amigos muertos, o con lesiones permanentes; unos eran secuestrados, o privados de la libertad por defender sus ideas; otros quedaban arruinados al ser quemadas o expropiadas sus fincas y haciendas; el país en lugar de progresar retrocedía, y la pobreza y la miseria reinaban por el abandono de los campos y la parálisis del comercio.

Por estar en Europa, aparentemente escapé de la guerra, pero sus secuelas me llegaron al vaivén de los cambios políticos; mis contratos fueron cancelados o modificados, y mi situación económica se complicó en más de una ocasión. En estas condiciones, era casi imposible redactar el libro sobre las plantas útiles de la Nueva Granada o tratar de publicar la Flora de Colombia.

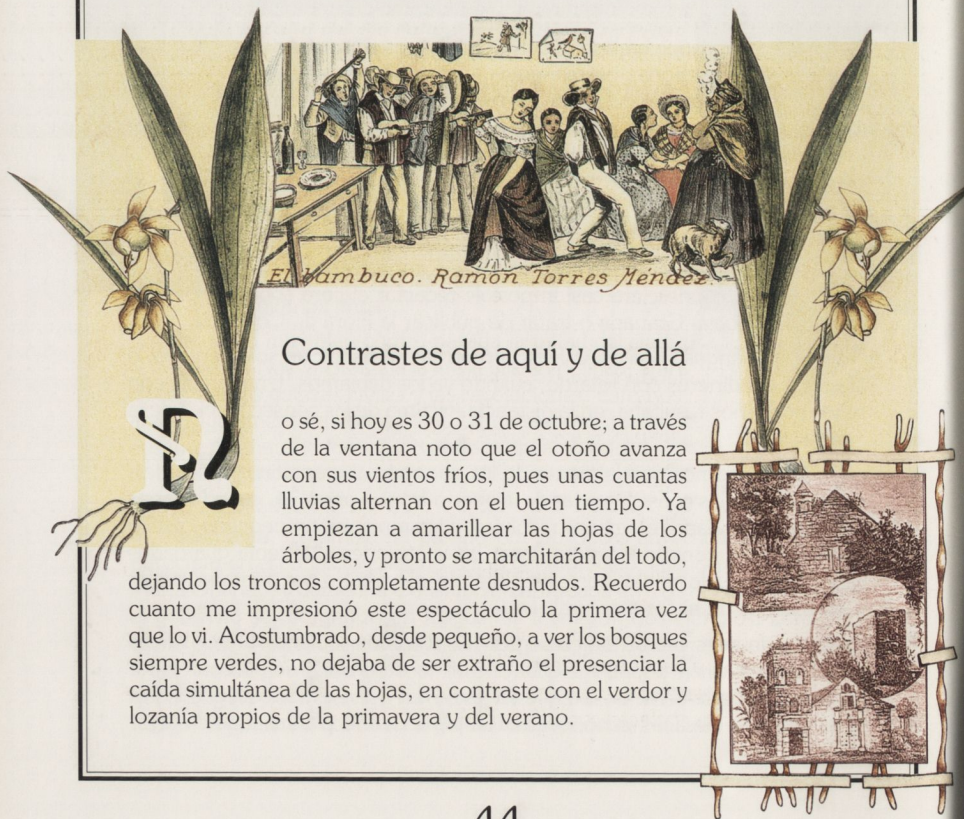
Cuantas angustias económicas sufrimos al no recibir un solo centavo, o al recibir los dineros con retardo, cuando ya los debíamos. Una familia con niños pequeños resultaba, en la distancia, víctima de las consecuencias de la guerra.

Y si escapamos parcialmente de las guerras neogranadinas, años después sufrimos las consecuencias de la guerra franco-prusiana, cuando varias patrullas de soldados alemanes resolvieron acampar, en un pequeño castillo que habíamos conseguido para pasar las vacaciones. Allí tenía guardados varios paquetes de plantas con ejemplares de mi herbario que pensaba vender a los museos de historia natural.

Los paquetes fueron abiertos por los soldados, quienes al ver ramas secas envueltas en papel, no entendieron la naturaleza de su contenido; consideraron que el mejor uso que se podía dar a tan extraño material, era el de combustible. De hecho, quemaron parte de mis plantas, que en lugar

de convertirse en material de estudio de los científicos, sirvieron para que unos ignorantes y hambrientos militares pudieran calentarse, y preparar sus alimentos.

Al recordar esto, me consuelo, sabiendo que en Bogotá quedó una serie completa de mi herbario, y que en París se conserva otra igual. Ésa la vendí al Museo en diciembre de 1859, por 3.700 francos; tal cantidad era una suma fabulosa. Por esos días escaseaba el dinero, y ya había nacido Matilde; éramos cuatro bocas que necesitaban alimento, y cuatro cuerpos que requerían de abrigo para el invierno. Gracias a esa venta, una Navidad que aparentaba ser amarga, se convirtió en una ocasión feliz; llegamos al nuevo año llenos de optimismo.



Contrastes de aquí y de allá

Do sé, si hoy es 30 o 31 de octubre; a través de la ventana noto que el otoño avanza con sus vientos fríos, pues unas cuantas lluvias alternan con el buen tiempo. Ya empiezan a amarillear las hojas de los árboles, y pronto se marchitarán del todo, dejando los troncos completamente desnudos. Recuerdo cuanto me impresionó este espectáculo la primera vez que lo vi. Acostumbrado, desde pequeño, a ver los bosques siempre verdes, no dejaba de ser extraño el presenciar la caída simultánea de las hojas, en contraste con el verdor y lozanía propios de la primavera y del verano.

Desde niño, leí más de un libro en el que se explicaba en detalle las estaciones con sus contrastes de temperatura, luminosidad y paisaje; pero una cosa era ver pinturas de las cuatro estaciones, y otra vivirlas plenamente; en la primavera, los árboles, aparentemente secos después del crudo invierno, rápidamente se llenaban de yemas, que en pocos días se convertían en hojas de color verde intenso; luego, en un espectáculo imponente, se cubrían de abundantes y vistosas flores. Simultáneamente, del suelo surgían como por milagro montones de planticas, que pronto florecían.

¿Y qué decir de la duración de los días? Para un hombre del trópico, acostumbrado a ver amanecer y anoecer todos los días a las mismas horas, no dejaba de ser sorprendente notar cómo los días se iban alargando hacia la primavera y el verano, para acortarse en el otoño y el invierno.

Aún recuerdo la primera fiesta de San Juan, en París; entonces fue para mí el día más largo de la vida; aclaró antes de las cinco de la mañana, y a las diez de la noche apenas empezaba a oscurecer. El párroco del barrio había organizado un bazar al que acudieron los feligreses. A la hora del almuerzo todos nos sentamos en una enorme mesa dispuesta al aire libre, donde comimos y charlamos largamente. La gente manifestaba su alegría por la llegada oficial del verano, época propia para recoger algunas cosechas y para descansar; las vacaciones se tomaban en el campo hacia finales de julio, o en agosto, cuando los días se hacían más calurosos.

Qué contraste con la celebración de San Juan en la provincia de Mariquita. El festejo se iniciaba hacia las seis de la mañana con gran alboroto; en lo que se conocía como una "alborada musical", se quemaba pólvora, al tiempo que los troveros salían a la plaza y a las calles armados de tiple, requinto y alfandoque. El alfandoque es un sonajero hecho con una caña o un canuto de guadua, que se llena con guijarros o maíces secos; al moverlo suena rítmicamente. También se llaman alfandoques los dulces hechos con panela batida y retorcida, que se empaican en calceta de plátano.

Los músicos cantaban coplas dedicadas a San Juan, mientras continuaba la quema de pólvora. La fiesta terminaba hacia las seis de la tarde, cuando oscurecía y todos se retiraban, fatigados de cantar, bailar, jugar, comer y beber. Algunos parranderos se quedaban en los toldos tomando anisado, y cantando con estruendo.

Sigo padeciendo dolores y fiebre. Pienso que este inusitado afán de recordar cosas, y hacer una recapitulación de mi vida, se debe no sólo a la soledad, y al inevitable aburrimiento por estar encerrado, sino a la fiebre, a la que acompaña el efecto soporífero de los calmantes, si es que me los dan.

Siempre he escuchado que las personas, antes de morir, ven en su mente imágenes sucesivas que corresponden a un rápido recorrido de su vida. Espero que este afán por recordar no sea la antesala de la muerte.

No sé con exactitud qué me están aplicando, pues mis colegas han preferido mantenerme al margen de sus diagnósticos y decisiones. Sé que el mayor riesgo de la operación de vejiga es el de una infección. Me han cuidado con esmero, y ya no siento los cólicos que tuve antes de la operación. Me preocupa la fiebre, pero no pierdo la esperanza de salir pronto del hospital.

En la Nueva Granada, los campesinos suelen tratar la “piedra del riñón” tomando mucha chicha; creen que ayuda a expulsar las piedrecillas con la orina. Y es cierto: la chicha es un excelente diurético, que aumenta las ganas de orinar, y ayuda a eliminar las arenillas y sedimentos de la vejiga. Acá no tengo la posibilidad de tomar una buena totumada de chicha, pero podría reemplazarla por un gran vaso de cerveza; vano anhelo, pues mis médicos no compartirían una medida similar. Si quedasen cálculos en los riñones, podrían producirse cólicos intensos y complicaciones graves.



Una exposición, un premio y una flor para la Emperatriz

Como ya lo he recordado, las plantas me han proporcionado gratas sorpresas. Gracias a ellas he recibido varios premios, distinciones y condecoraciones. De tales premios, el que más recuerdo, no sólo por ser el primero, sino porque me ayudó a resolver una difícil situación, fue el que recibí en 1867.

La Nueva Granada era uno de los pocos países que no había preparado una exhibición para la Exposición Universal de París. Yo llevaba diez años fuera del país, y consideré imperdonable el permanecer indiferente ante dicha circunstancia. Cuando estamos lejos de la patria se nos inflama el espíritu nacionalista. Tal me ocurrió, y resolví organizar un pabellón colombiano, aprovechando los materiales de mis colecciones.

Primero conseguí un espacio en el pabellón de Argentina, pero no cupieron los materiales. Gracias a mi amistad con sus organizadores, a quienes les facilité algunos materiales, logré una mejor área en el pabellón de Ecuador. Allí monté mi exhibición, utilizando ejemplares de herbario de las especies útiles, muestras de maderas finas, cortezas, objetos hechos con fibras entretijadas, gomas, resinas, colorantes y plantas vivas.

Exhibí las amplias posibilidades de las hojas de iraca en la fabricación de estuches, sombreros, carteras y escobas. Destaqué las plantas más útiles para la medicina y a la industria, dando especial énfasis a las especies medicinales. Muy buena impresión causaron las quinas de los géneros *Cinchona* y *Remijia*, así como los condurangos y la coca. En los análisis químicos me colaboraron los doctores Buisson y Arnaud.

Con mi exhibición gané uno de los pocos "Grandes Premios". El mío fue el único en el campo de los productos naturales. Para adornar el pabellón coloqué una hermosa orquídea de las llamadas "Flor de Mayo", la cual estaba colgada en la parte superior. Los bulbos traídos desde los bosques de la Nueva Granada, gracias a mis cuidados, se habían mantenido vivos, formando nuevas hojas. Quiso Dios que mi mata prosperara felizmente; el día de la inauguración estaba cargada de preciosas flores multicolores. Por entonces, esa orquídea era una rareza desconocida en Europa.

Un hecho casual contribuyó a aumentar mi satisfacción. Durante la inauguración, Napoleón III y su esposa doña Eugenia de Montijo recorrieron la exhibición. Mi orquídea, inevitablemente, atrajo la atención de la Emperatriz, quien propuso que tan vistosa planta se vendiera en un remate. Ella participó en la puja para obtenerla, y mi mata alcanzó la exorbitante suma de 18.000 francos, una gruesa cantidad de dinero, que pasó a costear obras benéficas.

Quedé muy orgulloso y satisfecho, tanto con el remate, como con el premio, que recibí en un acto muy solemne. La propia Emperatriz me entregó una medalla de oro macizo con la efigie de su esposo, y con mi nombre grabado al respaldo; tenía además derecho a un objeto de arte, un precioso jarrón de porcelana, el cual cambié por un bono de 5000 francos; esa

generosa suma nos sirvió para mejorar nuestra economía, y para subsistir de manera decorosa por un tiempo.

Por varios motivos, la flor de mayo ha sido la orquídea de mi preferencia; me dio renombre y dinero durante la exhibición de 1867, y siempre me gustó por su extraña belleza; lleva en su pétalo central los colores de la bandera colombiana, que contrastan con el tono lila de los pétalos laterales y de los sépalos; por ello, bien pudiese ser un símbolo, o emblema representativo de nuestra patria.

Un motivo adicional de satisfacción con esta planta que encontré por primera vez en los bosques de Copó, es el que el doctor Reichenbach, un conocido especialista de las orquídeas, la ubicó en el género *Cattleya*, distinguiéndola con mi nombre. A partir de entonces la "Flor de Mayo" se conoce en la nomenclatura botánica como *Cattleya trianae*. El nombre *Cattleya* fue asignado por el doctor Lindley en homenaje a un horticultor inglés llamado William Cattley.


Por crecer sobre las ramas de los árboles, en la Nueva Granada, a la mayoría de las orquídeas se les da el nombre de "parásitas". Sin embargo, muchas de ellas prosperan en el suelo, o sobre las rocas; ninguna vive a expensas de otras plantas, por lo que no son parásitos de nadie. Más correctamente se les debía llamar epífitas, por vivir sobre otras plantas.

Y no deja de ser llamativo que a las orquídeas no se les den nombres distintivos, a pesar de existir muchas en el país. Las hay grandes y pequeñas, unas más vistosas que otras. Yo registré algunos nombres que recuerdo ahora; "flor de mayo" se refiere a la época en que mi orquídea florece con mayor intensidad, pero por el aspecto también le dicen "azucena" y "lirio morado"; a otras les dicen "cebolleta" por la disposición de las hojas, y "flor del Espíritu Santo", vaya a saber por qué. Apenas cinco nombres para casi tres mil especies.

Gracias a mis plantas, la Exposición Universal de 1857 sirvió para destacar el buen nombre de Colombia, y la riqueza de su flora; mi exhibición fue visitada por altos dignatarios, empezando por el propio Emperador. Mis materiales llamaron la atención de los expositores, y del numeroso público que visitó las instalaciones a lo largo de varios meses. Tuve además la satisfacción de organizar el pabellón nacional, de ganar un premio, y de sentir un gran orgullo representando al país con dignidad.

Cuando recorría los montes recogiendo las plantas, y cuando en los mercados compraba objetos curiosos hechos por los campesinos con el balso, el pauche, la madera, o las fibras, no llegué a imaginar que un día,

ataviado con un elegante traje de ceremonia, estaría recibiendo un premio de manos de una Emperatriz. Y lo logré gracias a las plantas útiles, y a unos objetos, muy comunes en nuestros mercados, pero completamente extraños en las vitrinas de la Ciudad Luz.



Jardines Reales de Kew

Amigos de allá y amigos de acá

La no sé si es de día o de noche. Sigo adormecido y me siento débil; sólo me traen a la realidad las enfermeras, cuando controlan mi temperatura y me dan los remedios. No sé por qué tienen que venir precisamente cuando estoy dormido, o cuando logro olvidar el malestar. Sólo recobro la calma en medio de una avalancha de recuerdos; evoco ahora a mis amigos y colegas.

En la Nueva Granada mi mejor amigo fue, sin duda, Lorenzo María Lleras. Luego se convirtió en mi cuñado por partida doble. Amigo de mi padre, y su colaborador en "La Casa de la Educación"; fundó después el Colegio del Espíritu Santo, plantel educativo donde completé mi educación, y donde pasado un tiempo enseñé las ciencias.

Con el total beneplácito de mi padre, Lorenzo María contrajo matrimonio con mi hermana Liboria, con quien tuvo cuatro hijos. Al morir ella, casó con Clotilde, unión de la que nacieron otros doce de mis primos. Aunque Lorenzo era mayor, trabé con el una excelente amistad, que ni el tiempo ni la distancia pudieron aminorar. Por el contrario, los lazos de parentesco estrecharon aun más nuestros vínculos afectivos.



Lorenzo María se dedicó a la política que, como siempre, le proporcionó satisfacciones y disgustos; le tocó ejercerla cuando el país vivía los peores momentos de inestabilidad, discordias y guerras.

El Colegio del Espíritu Santo era toda una aventura pedagógica; funcionaba en un edificio situado en el barrio de San Victorino. Tenía laboratorios de física, mineralogía y química; contaba además con una muy buena biblioteca, y con una excelente colección de mapas. Este colegio hacía las veces de una universidad, y llegó a ser el centro de estudios más respetado en Bogotá, no sólo por el tipo de educación que se daba en sus aulas, sino porque contaba con la mejor dotación y con los profesores más calificados. Los cursos más notables eran los de medicina, química, jurisprudencia, literatura, filosofía, matemáticas, francés, inglés y gramática castellana.

La mayoría de los profesores, así como los padres de los alumnos pertenecían al grupo de los radicales. Tal grupo estaba formado por personajes honestos, inteligentes y cultos, que seguían la ideología de la Revolución Francesa; todos eran nacionalistas convencidos, y algunos habían fundado el partido liberal. Tenían como meta cambiar las instituciones tradicionales, pero carecían por completo de habilidad política, motivo por el cual fueron incapaces de llevar a la práctica las reformas que pretendían realizar.

El "Espíritu Santo" cerró sus puertas en 1852; el propio gobierno radical cambió las políticas educativas, y suprimió los títulos que se exigían para ejercer las distintas profesiones. Como consecuencia, el número de estudiantes disminuyó bruscamente, al tiempo que se redujeron los ingresos provenientes de las matrículas y pensiones.

Si bien el colegio fue un éxito pedagógico, desde el punto de vista económico fue un fracaso total. Antes de producirse el descalabro económico, alcanzaron a formarse en sus aulas importantes personajes, entre quienes no debo incluirme, que han desempeñado un papel importante en la vida cultural y política de los Estados Unidos de Colombia.

En Europa he tenido excelentes amigos; entre ellos se destacan varios botánicos de quienes recibí, no sólo su amistad, sino su apoyo y consejo en momentos difíciles. Por sus enseñanzas y atinados consejos, siempre recordaré al profesor Joseph Decaisne. Por su fraternal amistad y por su estrecha colaboración, no puedo olvidar a Emile Planchon.

Decaisne era un hombre alto, enjuto y un tanto jorobado de tanto leer. Caminaba a grandes pasos, haciéndose preguntas y respondiéndolas en voz alta, sin darse cuenta de que hablaba solo. Y no es que fuese loco, ni mucho

menos; lo que ocurría, era que pensaba en voz alta. Fue un gran profesor y ganó la admiración de todos por sus amplios conocimientos, y por el rigor de sus trabajos.

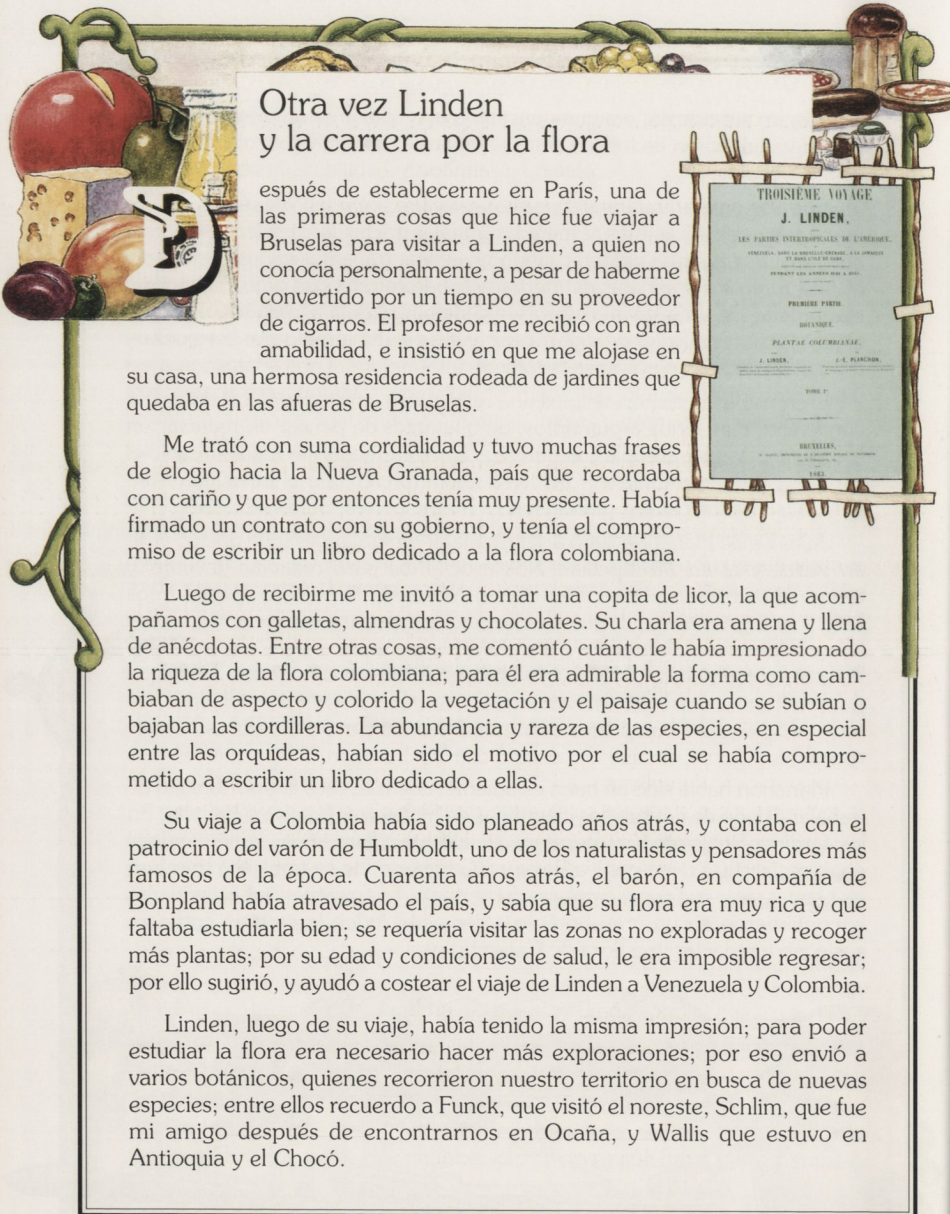
Fue uno de los directores de los *Annales des Sciences Naturelles*, una de las revistas científicas más respetadas y más estrictas en la selección de sus artículos. Por su fama y rigor, cuando nos encontrábamos en los pasillos del Museo, o en los gabinetes del herbario, yo le miraba con algo de temor y reverencia. En unas cuantas oportunidades me atreví a preguntarle sobre algunas plantas difíciles de determinar, y el se sintió atraído por la riqueza y diversidad de mis colecciones botánicas.

En torno a las plantas tejimos una respetuosa amistad, y fue él quien me convenció, con serios argumentos, de que antes de pensar en redactar un libro sobre las plantas útiles de una región, era un requisito indispensable el conocer su flora en detalle. Gracias a él comprendí que al faltar una obra general sobre las plantas granadinas, a mí me correspondía redactarla.

Jules Emile Planchon llegó a ser mi mejor amigo, a pesar de que yo vivía en París, y él en Montpellier. Nos asociamos para redactar un libro y terminamos haciendo dos; además, un folleto. El trabajo compartido nos llevó a una gran amistad, que se extendió a nuestras esposas y a nuestros hijos. Varias veces, Mercedes y los niños fueron a pasar vacaciones con los Planchon, en su finca, donde cultivaban unos hermosos viñedos. Creo que Jules era tan buen botánico como vinicultor. Sus vinos se vendían a muy buen precio, y tuve la suerte de comprar una buena provisión de sus mejores cosechas.

Planchon había sido un buen estudiante; además, tuvo la oportunidad de trabajar al lado de destacados científicos en Inglaterra, Bélgica y Francia. En los Jardines Reales de Kew permaneció durante cuatro años, convirtiéndose en especialista. Luego pasó a París y a Gante, donde se trabajaba más con las plantas vivas que con ejemplares del herbario. Las experiencias acumuladas le convirtieron en un gran botánico. Por ello Linden le escogió como su socio para redactar una flora de Colombia.





Otra vez Linden y la carrera por la flora

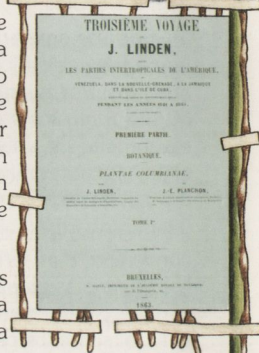
Después de establecerme en París, una de las primeras cosas que hice fue viajar a Bruselas para visitar a Linden, a quien no conocía personalmente, a pesar de haberme convertido por un tiempo en su proveedor de cigarros. El profesor me recibió con gran amabilidad, e insistió en que me alojase en su casa, una hermosa residencia rodeada de jardines que quedaba en las afueras de Bruselas.

Me trató con suma cordialidad y tuvo muchas frases de elogio hacia la Nueva Granada, país que recordaba con cariño y que por entonces tenía muy presente. Había firmado un contrato con su gobierno, y tenía el compromiso de escribir un libro dedicado a la flora colombiana.

Luego de recibirme me invitó a tomar una copita de licor, la que acompañamos con galletas, almendras y chocolates. Su charla era amena y llena de anécdotas. Entre otras cosas, me comentó cuánto le había impresionado la riqueza de la flora colombiana; para él era admirable la forma como cambiaban de aspecto y colorido la vegetación y el paisaje cuando se subían o bajaban las cordilleras. La abundancia y rareza de las especies, en especial entre las orquídeas, habían sido el motivo por el cual se había comprometido a escribir un libro dedicado a ellas.

Su viaje a Colombia había sido planeado años atrás, y contaba con el patrocinio del varón de Humboldt, uno de los naturalistas y pensadores más famosos de la época. Cuarenta años atrás, el barón, en compañía de Bonpland había atravesado el país, y sabía que su flora era muy rica y que faltaba estudiarla bien; se requería visitar las zonas no exploradas y recoger más plantas; por su edad y condiciones de salud, le era imposible regresar; por ello sugirió, y ayudó a costear el viaje de Linden a Venezuela y Colombia.

Linden, luego de su viaje, había tenido la misma impresión; para poder estudiar la flora era necesario hacer más exploraciones; por eso envió a varios botánicos, quienes recorrieron nuestro territorio en busca de nuevas especies; entre ellos recuerdo a Funck, que visitó el noreste, Schlim, que fue mi amigo después de encontrarnos en Ocaña, y Wallis que estuvo en Antioquia y el Chocó.



El hecho de recordar esta historia me resulta amargo, pues en un momento crítico tomé una decisión, que si bien era la más conveniente, afectó al profesor, y nos favoreció a Planchon y a mí.

En la práctica, había una carrera por publicar una flora de Colombia. Los botánicos usamos el nombre "flora" indistintamente; entre nosotros nos comprendemos, olvidando que podemos ser confusos con los demás. En la mitología, "Flora" es la diosa de las plantas, y por ello algunas damas llevan su nombre; también se llama flora al conjunto de plantas que crecen en una región, y por extensión se le dice flora a cualquier estudio sobre las especies de una zona determinada.

Linden y Planchon preparaban una flora desde hacía varios años; el doctor Karsten redactaba otra; yo llegué al convencimiento de que debía hacer una tercera. En medio de las gestiones y los contratos, terminé asociado con Planchon, para hacer la mía, y con ello Linden se vio perjudicado.

En aras de la verdad, debo señalar que nunca quise perjudicar al amable profesor y que, por el contrario, lo he apreciado siempre. Para cumplir su compromiso, Linden se había asociado con el Planchon, pero su trabajo avanzaba con lentitud. Ambos tenían muchas ocupaciones y jamás organizaron el trabajo conjunto; por esa época Planchon dictaba cursos en la Universidad, hacía el control y supervisión de las farmacias, y atendía una pequeña finca cultivada con viñedos.

En su afán por cumplir su contrato, Linden hizo varias propuestas; la principal consistía en que yo le facilitara mi herbario para completar su libro; a cambio, él publicaría la flora, siempre y cuando el gobierno granadino cubriese el 50% de los gastos de impresión; como compensación, él entregaría quinientos ejemplares de su obra editados en español. Paralelamente, publicaría una serie en francés, con lo cual cumplía su contrato.

Yo sometí oficialmente al gobierno esa propuesta, y al mismo tiempo solicité que se definiese si se adelantaba la edición de la flora como una publicación mixta, o si se le encargaba a él y como una obra de carácter nacional. Cualquiera de las soluciones implicaba una prórroga de mi contrato, y a la vez una prolongación de mi estadía en Europa.

En julio de 1858, el gobierno colombiano me respondió aclarando que en caso de no llegarse a un acuerdo con el doctor Linden, yo debía afrontar la elaboración de una flora, ilustrándola con láminas de las principales especies. Inmediatamente preparé un presupuesto para editar ochocientos ejemplares, y me di a la tarea de redactarla.

Tomada esta decisión, Linden y yo seguimos caminos diferentes. El profesor tuvo numerosos problemas para completar su trabajo; en 1853 había publicado un escrito introductorio titulado *Preludia florae Columbiana ou materiaux pour servir à la partie botanique du voyage de J. Linden*; diez años más tarde editó el complemento con el nombre de *Plantae columbianae*. En lugar de una gran obra en varios tomos y debidamente ilustrada, le resultó un pequeño libro sin láminas y sin mayor importancia.



Museo Nacional de Historia Natural - París

Un gran dilema: plantas útiles o Flora

E siento embotado por la fiebre y la fatiga. Aunque no siento dolor, sudo copiosamente. Temo estar empeorando, y he perdido el sentido del tiempo; no sé si sueño o si estoy despierto. Tengo grabado en la mente el tema de los contratos tal vez, porque durante varios años fue mi principal motivo de preocupación, y porque de ello dependían el bienestar de mi familia, nuestra permanencia en Europa y mi prestigio.

En julio de 1855 me comprometí, mediante contrato, a redactar un libro sobre las plantas útiles de Colombia. Siempre se le ha dado importancia a la utilidad de las plantas; y por esa época, los gobernantes tenían muy clara relación existente entre las plantas útiles, el progreso económico y el desarrollo de los pueblos. Era un objetivo la búsqueda de nuevos recursos que, si se empleaban bien, mejorarían la economía en beneficio de todos.



El interés por buscar y aprovechar nuevos recursos fue una de las metas de la *Ilustración Española*; en la Expedición Botánica se prestó gran atención a esta política, que se mantuvo en la Comisión Corográfica. A mí me correspondía averiguar cuáles eran las propiedades de las plantas, y encontrarles aplicaciones en la medicina y en la industria.

Cuando me preparaba para venir a Europa, estaba convencido de que regresaría a Bogotá en dos o tres años, llevando bajo el brazo un libro sobre las plantas útiles. Mi viaje se demoró casi dos años, y apenas en 1857 me pude instalar en París. Allí me entregué con entusiasmo a la identificación de mis colecciones, convencido de que las plantas colombianas eran ampliamente conocidas, y de que en los herbarios y bibliotecas de Europa iba a encontrar resueltos todos mis interrogantes.

Mi trabajo era difícil, pues en ese entonces ignoraba cuántas plantas nuevas había recolectado, mi herbario era una buena muestra de la diversidad de la flora colombiana, y me correspondía estudiar y publicar las nuevas especies. Tras varios meses de trabajo vi la necesidad de modificar mi plan inicial. El profesor Decaisne comprendía mi problema, y me fue animando. Al fin, me convenció para que emprendiera la tarea de preparar una flora.

Era claro que el conocimiento de la flora tropical, incluida la de Colombia, era muy vago. Existían algunos trabajos dedicados a las plantas de América, y varios autores preparaban monografías sobre el tema. La obra de Humboldt, Bonpland y Kunth era magistral, pero dejaba vacíos y no cubría todas las regiones; igual ocurría con el libro de Weddell sobre las plantas de los Andes.

Me había enterado de que el doctor Karsten preparaba una flora. Como le había acompañado en la mayoría de sus viajes, conocía su herbario, y sabía que muchas de sus colecciones coincidían con mis plantas; no obstante, tenía a mi favor un mejor herbario, pues había recorrido más regiones, y visitado muchas zonas que botánico alguno había transitado.

Para emprender la redacción de mi flora, no bastaba con conocer las plantas; tenía que vencer varios obstáculos: el primero era el del idioma; conocía el francés desde mi época de estudiante, y lo podía hablar y entender perfectamente; pero una cosa era hablar francés, y otra bien distinta era redactar una obra científica en esa lengua. Además, por aquella época mis conocimientos en morfología no eran tan sólidos como para interpretar de manera acertada algunas de las estructuras. El doctor Decaisne se adelantó a mis preocupaciones, y me puso en contacto con uno de sus protegidos, Jules Emile Planchon.

Volcán del Tolima. Albert Berg

Un trabajo conjunto

P

lanchon era un gran botánico. Yo le conocía sólo por las referencias que me habían dado Linden y Decaisne. A pesar de ser médico, mi preparación académica no era comparable con la suya; en la Nueva Granada no existían ni herbarios, ni jardines botánicos, ni invernaderos, y la universidad no contaba con académicos comparables a los grandes profesores de las universidades europeas.

Sin embargo, tenía a mi favor el haber estudiado la botánica con gran disciplina, aprovechado al máximo mis libros y, lo más importante, apoyado en mis plantas. Para mí los páramos de las cordilleras, las selvas del Pacífico, y los bosques de los Andes fueron un laboratorio vivo, en el que aprendí más que en cualquier museo. Además, tuve que identificar cerca de seis mil ejemplares, para hacer el catálogo de mi herbario, trabajo que resultó equivalente al mejor de los estudios que se realizan en los museos europeos. Esto lo sabía Decaisne, y por eso me conectó con Planchon. Nunca dejaré de agradecerle esa confianza, y los beneficios que se derivaron de nuestra asociación.

Nos conocimos en 1860, y a partir de entonces iniciamos una labor en la que nos complementábamos plenamente. Mientras el gobierno definía si me hacía cargo de la flora, y dejaba para después el libro sobre las plantas útiles, resolvimos iniciar un nuevo trabajo. No importaba que él no contase



con el tiempo suficiente, ni que yo tuviese que preparar mi libro y estudiar mis plantas; acordamos hacer una revisión de las gútfegas del mundo.

Emprendimos con entusiasmo esta difícil tarea, que sobrepasaba el marco de la flora, y fuimos publicando paulatinamente los resultados en los "Anales de Ciencias Naturales". Luego de dos años completamos la "Memoria", y recopilamos los avances en un libro. Nos acompañó el éxito, tal vez, porque no existía ningún compromiso oficial, ni había presiones que nos exigieran una rápida ejecución.


Paralelamente, preparamos la flora, que concluyó en forma casi simultánea. La publicamos con el título *Prodromus florum Novo Granatensis*. Ambas obras fueron difíciles, y para culminarlas tuvimos que vencer obstáculos de toda clase. Después realizamos un interesante trabajo morfológico, tras el cual pudimos interpretar las brácteas que se forman en las inflorescencias de las marcgraviáceas.

Nuestra metodología era bastante curiosa; yo vivía en París, donde estaban los herbarios, y donde se contaba con las mejores bibliotecas. Planchon residía en Montpellier, donde era profesor. Todos los días, a través del correo íbamos resolviendo las dificultades que surgían en desarrollo de la revisión.

Trabajábamos con celo, y aunque estábamos separados por la distancia, llegamos a compenetrarnos tanto, que pensábamos como una sola persona. Cada uno verificaba en las bibliotecas los datos existentes sobre el tema; ambos examinábamos en los herbarios abundantes ejemplares, y hacíamos esquemas que facilitaban la interpretación de las especies; cualquier duda se discutía ampliamente, antes de tomar una decisión. No sé cuántos libros y cuántas plantas pasaron por nuestras manos. Periódicamente yo iba a Montpellier, o Jules Emile venía a París; al concluir cada capítulo, pasábamos de inmediato el texto a Decaisne, quien como editor de los *Annales* lo revisaba, y lo remitía a la imprenta.

Avanzábamos con relativa velocidad, y cada día nos entendíamos mejor, confiando ciegamente el uno en el otro; nuestra amistad, cada vez más franca y respetuosa, terminó involucrando a las dos familias. Mercedes y Delie, así como los niños, llegaron a quererse, y a compartir las alegrías y las tristezas; éramos entonces una sola familia.

Creo que alcanzamos a ser de los precursores en el estudio de la flora tropical; por ello no faltaron las controversias con otros autores. Gracias al rigor de nuestro trabajo, siempre tuvimos argumentos para demostrar que teníamos la razón. Llegamos al extremo de sembrar semillas en los invernaderos para disponer de material fresco, y así poder aclarar algunas características morfológicas, y delimitar mejor los géneros y las especies.



Nuevas divagaciones, una tos célebre y otra distinción

No sé si he dormido poco o mucho, pero sigo con fiebre, y eso me facilita recordar viejos hechos y divagar en torno a los mismos. Creo que por intermedio de mi padre y de mis maestros asimilé plenamente las enseñanzas heredadas de la Ilustración. Por ello le presté tanta atención a las plantas útiles, y promoví el cultivo comercial de algunas de ellas.

En el caso de las especies de *Remijia*, y luego de cuidadosos análisis, logré demostrar el poder de sus cortezas para combatir las fiebres propias de las tierras calientes. Resultaron comparables con las de las quinas del género *Cinchona*, tan famosas desde la época colonial, y célebres por la historia, según la cual la Condesa de Chinchón, esposa de un virrey del Perú, se curó de las fiebres tomando la corteza pulverizada que vendían los curas jesuitas. Por esta razón las quinas se llaman cinchonas.

No siempre tuve éxito en la propagación de las especies útiles, y algunas nunca han podido propagarse en los invernaderos. Con la colaboración de los doctores Decaisne y Markham, muchas semillas traídas de la Nueva Granada fueron sembradas en Argelia y en la India, donde se logró su propagación, lo cual ha garantizado un mercado estable de sus productos.

Entre todos los productos útiles, el que me ha proporcionado más ingresos y mayores satisfacciones ha sido el Jarabe Triana. Ello a raíz de una



experiencia particular, que me honró sobremanera, y que recuerdo ahora con plena claridad.

Michel Eugene Chevreul fue uno de los químicos más acreditados en Francia; alcanzó a vivir 102 años, y por su don de gentes y su personalidad, se ganó el aprecio general. Fue director del Museo de Historia Natural y presidente de la Academia de Ciencias; sin embargo, su fama provenía no tanto de sus conocimientos, o de sus contribuciones al avance del conocimiento, sino de un suceso relacionado con la vida social y cortesana.

En una época en la que aún no se utilizaba el alumbrado de gas ni había luz eléctrica, las noches se iluminaban con lámparas de aceite, o con velas de cera. El consumo de velas era enorme, y la cera de abejas no era suficiente para fabricar la cantidad requerida. Por ello se empezaron a utilizar las velas de cebo que, si bien iluminaban con intensidad, daban mal olor al ambiente, en especial en sitios cerrados.

Esta situación se presentó en los amplios salones del Palacio de Versalles, con ocasión de un baile de gala. Chevreul fue consultado en relación con dicho problema, y encontró la solución reemplazando la grasa animal por parafina; así inventó las velas esteáricas, las cuales no producían mal olor y daban una excelente luz. Gracias a ello los bailes y reuniones sociales se tornaron más agradables.

En octubre de 1885, cuando ocurrió el incidente que ahora recuerdo, el doctor Chevreul tenía más de noventa años. Se preciaba de tener una excelente salud, al punto de no haber tomado nunca ningún remedio; como buen químico, desconfiaba de los productos preparados por sus colegas. Vivíamos en el mismo barrio, y yo sólo le conocía de vista; él me conocía por mi trabajo sobre las quinas.

Una lluviosa y fría noche de otoño le atacó una terrible y persistente tos, que le causaba espasmos y dolores, le impedía respirar y ponía en riesgo su vida. Colette, una de sus criadas, a quien yo había atendido, le convenció de tomar una cucharada de mi jarabe; al final del verano ella se había aliviado de una fuerte bronquitis con mi remedio.

El anciano paciente, en medio del dolor y del desespero causados por la tos, accedió a tomar el jarabe, con lo que el mal cesó en forma casi milagrosa; luego pudo respirar con facilidad y se durmió plácidamente. A la mañana siguiente, ya recuperado del dolor y de la angustia, preguntó a su criada de dónde había obtenido tan efectiva droga. Colette le respondió que el doctor Triana, un médico del vecindario, era quien preparaba no sólo ese jarabe, sino otros remedios muy efectivos para varias enfermedades. Pasados unos

días recibí una amable tarjeta del doctor Chevreul; el anciano me agradecía el haber permitido su alivio merced a mi jarabe.

En febrero de 1886, el célebre profesor sufrió un nuevo resfrío, y recayó en una bronquitis más fuerte que la anterior; sus criadas alcanzaron a pensar en un fatal desenlace. Fui llamado en su auxilio, y aconsejé repetir el tratamiento del jarabe, hasta lograr la curación definitiva.

Tiempo después, al cumplir los cien años de edad, la Sociedad Nacional de Agricultura le ofreció al ilustre anciano un homenaje especial. Al momento de agradecer, el químico recordó a los presentes, que estaba vivo y saludable, en buena parte, gracias al Jarabe Triana. Cosa similar hizo en la Academia de Ciencias, donde proclamó las bondades de mi jarabe.

Por este curioso acontecimiento, y por otros hechos relacionados con la introducción de nuevos productos y la aclimatación de especies útiles a la salud, la “Sociedad Nacional de Estímulo a la Bondad” me declaró como “Benefactor de la Humanidad”. Este título tan honroso me fue entregado junto con una medalla de “Primera Clase”.

Esa designación me agobiaba por su significado; la agradecí profundamente, convencido de que las distinciones y los reconocimientos son circunstancias que compensan el trabajo continuo y la perseverancia en conseguir metas y que, en lugar de causar orgullo y vanidad, deben servir de estímulo.



Buscando plantas encuentro esposa

Ln medio del malestar, la fiebre, la soledad y el desamparo que siento al estar recluso en este hospital, y quizás por desear tener a Mercedes a mi lado, recuerdo ahora hechos relativos a mi matrimonio. En 1851, conocí a “mi china” o “mi negra”, como siempre le he dicho a Mercedes Umaña Bustamante, la persona que más he amado, y en quien encontré el complemento necesario para superarme día a día.

Cuando la conocí era apenas una niña de tan sólo once años, que se distinguía por una tez blanca como el marfil, que contrastaba con el negro azabache de sus ojos y de sus hermosos cabellos. Yo por entonces ya había cumplido los 23 años y era uno de los adjuntos de la Comisión Corográfica que hacía su primer viaje. Paramos en Tunja varios días y realizamos trabajos en los alrededores. Su padre quiso colaborar con el coronel Codazzi, facilitando una finca para realizar las observaciones pertinentes; los niños y los peones acudieron con curiosidad para observar qué era lo que hacían esos raros señores, que, con algunos aparatos y lentes, observaban los cerros y sacaban de sus alforjas instrumentos y libretas donde hacían anotaciones, mientras otros se sentaban en butacos portátiles y hacían bocetos del paisaje y de las personas.

Yo estaba apartado del grupo recogiendo plantas, y cuando llegó la hora del medio día me acerqué, sintiéndome fuertemente atraído por la mirada de la pequeña, quien sonreía tímidamente y se ocultaba parcialmente detrás de su madre, a quien agarraba con fuerza por la cintura. Concluidos los trabajos en la región continuamos nuestra expedición hacia el norte, llegando hasta Ocaña y Pamplona. Meses después, de regreso a Bogotá y al paso por Tunja, entramos a saludar a la familia Umaña, y a raíz de ello se inició una amistad que continuaría con los años.

Entonces no podía imaginar que esa hermosa niña llegaría a ser mi esposa. Por esa fecha, mi máxima preocupación era la de dar cabal cumplimiento a mi contrato, y de paso presentar los exámenes de estado para validar mi título de médico. Tenía 24 años y sobraba tiempo para pensar en un compromiso matrimonial. Debido a mi trabajo, poco permanecía en Bogotá, pues debía estar viajando constantemente en



cumplimiento de mis funciones. Ese mismo año de 1851 viajamos al sur, bajando al valle del Magdalena y ascendiendo a los Andes del Quindío para luego continuar por el valle del Cauca y remontar la cordillera Occidental, para luego descender por el cañón del río Dagua hasta Buenaventura.

En Bogotá sólo permanecí durante la Navidad, época propicia para descansar y reunirme con mis familiares. Durante 1852, repetimos el último viaje, pero al llegar al Quindío seguimos por la cordillera hacia el norte para pasar a Antioquia. Tuve la mala fortuna de contraer una infección en los ojos que me impidió continuar el viaje, debiendo regresar por Honda y Guaduas a Bogotá, donde ya recuperado aproveché el tiempo para organizar mis colecciones y para cumplir con los requisitos necesarios para obtener mi título. Era por fin un flamante médico egresado del Colegio Médico de Bogotá y ya me conocían como un buen botánico. Este año tuve la oportunidad de ver de nuevo a Mercedes, a quien habían traído de vacaciones a la capital. Había ganado en estatura y en hermosura, y se estaba convirtiendo en una bella mujercita.

En 1853, realizamos el que para mí resultó el viaje más interesante y productivo de todos los que hicimos con la Comisión. Repetimos la ruta del Quindío hasta Cartago, pero desde allí nos dirigimos por Ansermaviejo hacia el Chocó, remontando la cordillera Occidental para bajar por la selva desde el istmo de San Pablo hasta la desembocadura del río San Juan, y de allí seguir a Tumaco, desde donde ascendimos para llegar a Barbaocoas y luego a Túquerres y Pasto. Subimos a los volcanes Cumbal y Azufral y luego retornamos a Bogotá.

Fueron varios meses de duro trabajo y no pocas fatigas, pero la cosecha de plantas y de interesantes observaciones fue extraordinaria. Las selvas de la parte sur del Chocó y del litoral del Pacífico así como los bosques de Túquerres fueron un filón en el que abundaban raras y curiosas especies. En esa región no había estado ningún botánico y tuve el privilegio de ser el primero en recorrerlas y en observar las maravillas de la naturaleza, que fue pródiga con esa zona. Así como abundaban las lluvias, abundaban las especies desconocidas.

A mi regreso a Bogotá, me puse en contacto con la familia Umaña, porque no podía olvidar la imagen de Mercedes, a quien ya no miraba como una niña, sino como una bella señorita que, aunque demasiado joven para pensar en matrimonio, debía saber que un galán de veinticinco años esperaba por ella. Necesitaba que supiera de mis intenciones, puesto que por mi trabajo debía permanecer ausente, y no deseaba que ningún joven se le acercase y atrajese su atención.

El de 1854, fue un año complicado; durante el primer semestre trabajé con Karsten recolectando plantas por la ruta de Ibagué y el Quindío. Él siguió para Ecuador y yo debí regresar desde Cartago, pues estalló una guerra ocasionada por el general Melo, quien dio un golpe de cuartel y se declaró dictador. Yo me uní al Ejército del Sur. Estuvimos acantonados unos días en el alto valle del río Magdalena, circunstancia que aproveché para hacer observaciones y recolectar algunas plantas en las vertientes del suroccidente de Cundinamarca. Luego marchamos sobre Bogotá. Melo resultó derrotado al ser atacado conjuntamente por los ejércitos del norte y del sur.

Durante 1855, ya había retornado la normalidad, y por ello me dediqué a recolectar plantas en los alrededores de Bogotá y en los dos flancos de la cordillera Oriental. Como se trataba de viajes relativamente cortos, aprovechaba los intervalos para organizar mis plantas con sus etiquetas, y de vez en cuando me escapaba hasta Tunja para visitar a la familia Umaña. Esto implicó darle seriedad a nuestra relación. A Mercedes también la traían de vez en cuando a Bogotá, donde podía visitarla en casa de sus parientes.

Con el beneplácito de sus padres formalizamos nuestras relaciones. Yo ya era un profesional con una situación estable, y periódicamente había renovado mi contrato con el Gobierno. Mis sueldos se habían ido ajustando y contaba con no pocos ahorros para organizar un hogar. Ella, a su vez, había concluido la instrucción que se daba a las mujeres, y tomaba lecciones de piano y de francés.

A lo largo de 1856, tuve que dedicarme al ordenamiento, clasificación y determinación de las numerosas plantas que formaban mi herbario; eran cerca de cuarenta mil ejemplares, que separé en varias series para traerlos a Europa. Era frecuente que los museos comprasen colecciones bien organizadas. Previamente había enviado algunos duplicados de mis colecciones al señor Linden, quien conservaba algunos en su herbario de Bruselas, en tanto que vendía los restantes obteniendo ganancias. Por entonces firmé el contrato para escribir el libro sobre las plantas útiles, lo cual implicaba viajar a Europa para identificar las plantas que no se podían determinar en Bogotá, y obtener nuevos datos para redactar el libro. En este momento se presentaron las circunstancias propicias para nuestro matrimonio.

Nos casamos en abril de 1857, y casi de inmediato viajamos a Europa llenos de ilusiones y de optimismo. Mercedes tenía diecisiete años y yo iba a cumplir veintinueve. Eramos los seres más felices del mundo, y se nos abría todo un universo lleno de posibilidades. Yo esperaba perfeccionar mis

conocimientos tanto en botánica como en medicina, y ella aspiraba a mejorar sus aptitudes como pianista y a perfeccionar el idioma francés. Además, tenía excelentes aptitudes para la costura, motivo por el cual pensábamos, que siendo París el centro de la moda y de la elegancia, ella tendría una buena oportunidad para aprender alta costura.



Atracadero de Ambalema. Edward W. Mark

Camino a Europa por el río Magdalena

D

espués de nuestro matrimonio tuvimos casi dos meses de permanencia en Bogotá, mientras yo ultimaba los detalles del viaje a París, y dejaba resueltos todos los requisitos legales en torno al contrato.

Cumplidos los mismos vino el momento de las despedidas y de abandonar la capital. Eran varias las rutas que se podían seguir para viajar a Europa; muchos viajeros optaban por la de Caracas que era la más frecuentada, a la vez que permitía atravesar una extensión considerable del país; esto para mí no significaba una novedad, porque había recorrido dicha ruta hasta la frontera con Venezuela en 1851. Además, no me interesaba penetrar a territorio venezolano por haber trabajado con Codazzi, quien prácticamente había huido de allí al tomar el poder el general Monagas. La ruta del Orinoco era poco utilizada, y aunque desde el punto de vista botánico era la más interesante, resultaba penosa para Mercedes y demorada para mis propósitos. La vía de Maracaibo era parecida a la de Caracas, pero más penosa, por lo que también fue descartada.



En definitiva, la que más nos convenía era la del río Magdalena, que yo conocía como la palma de mi mano hasta Ambalema. Partimos de Bogotá a las seis de la mañana. Nuestro equipaje era voluminoso, pues además de los objetos de uso personal, llevábamos sendos paquetes de plantas desecadas que correspondían a varias series de duplicados de mi herbario; además, llevaba muestras de madera, cajas con semillas y cuadernos con apuntes necesarios para mi trabajo posterior. Fueron necesarias cuatro mulas para transportarlo todo. Utilizamos como arriero un guía que me había acompañado en mi último viaje a la región del río Guavio, a los farallones de Medina y a los llanos de San Martín.

Escogimos el camino de Guaduas que era más directo y que, por entonces, se encontraba en buen estado. Nunca imaginé que jamás regresaría a la Sabana de Bogotá y que éste era mi último recorrido por Fontibón, Serrezuela y Facatativá. Pernoctamos en esta última población, para madrugar al día siguiente; no tardamos mucho en iniciar el sendero escabroso que atraviesa las montañas que limitan la planicie hacia el occidente, para comenzar el descenso de la cordillera. Felizmente, el tiempo era bueno, pues son frecuentes en esta zona los aguaceros y lloviznas causados por la condensación de las nubes que se detienen contra el flanco de la cordillera, y que provocan abundante niebla. A este sector lo llamábamos "cielo roto", porque de diez veces que lo pasábamos, en nueve nos mojábamos.

El estado de los caminos no siempre era el mejor, y no siempre por causa del invierno que destruye los caminos al provocar deslizamientos y derrumbes, o al lavar completamente la senda, dejando al descubierto rocas muy resbalosas y, a veces, deleznales. Desde épocas remotas, existía una costumbre heredada de los españoles, y que muchos considerábamos bárbara, cual era la de hacer trabajar a los presos políticos en la reparación de los caminos. No puedo olvidar que mi padre fue obligado a reparar los caminos del cantón de Zipaquirá y Ubaté, por haber sido partidario y defensor de la causa de Independencia. Recuerdo, cuando me acariciaba de niño, que aún conservaba en sus manos restos de los callos causados por la piqueta y la pala, instrumentos que debió utilizar de sol a sol durante casi tres años. En su condición de preso, y a cambio de este duro trabajo recibía unos panes y un trozo de carne.

Ese segundo día llegamos hasta Villeta donde pernoctamos. Mercedes se impresionó mucho, porque en el camino tropezamos con una recua de mulas que iba hacia Bogotá; en la misma, y amarrados a las bestias como si fuesen animales, llevaban a cuatro muchachos que habían escapado de las filas del ejército. Además de este tormento, luego serían juzgados como

desertores. Este delito ha sido muy frecuente a lo largo del siglo en Colombia, dadas las frecuentes revueltas y revoluciones que nos han afectado, obligándonos a convivir con la guerra. Ojalá el siglo veinte traiga la paz y el progreso de la patria.

Guaduas, nuestra siguiente etapa, era un pueblo casi siempre alegre; en las ventas era frecuente encontrar borrachos, que abusaban del aguardiente con el pretexto de que tal bebida ayudaba a combatir las fiebres. Allí, como ocurre en muchos de nuestros pueblos, abundaban los cotudos, o enfermos de bocio, dolencia que se manifiesta cuando la dieta alimenticia es pobre en yodo.

En el Bogotá de entonces no se veían cotudos, porque, sobre todo durante la cuaresma, se consumían grandes cantidades de pescado capitán, que se saca de los ríos y riachuelos con grandes nasas o redes amarradas a una larga vara. Gracias a que los capitanes se venden vivos y sólo se sacrifican al momento de prepararlos, previa la quitada de la piel con la ayuda de ceniza, los peces conservan un alto contenido en yodo, que evita la enfermedad en el altiplano.

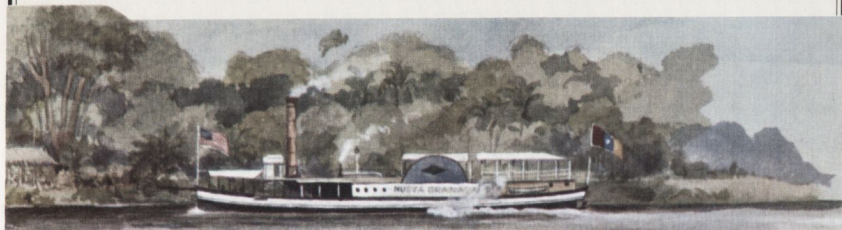
Al alcanzar las cimas de las montañas que cierran al occidente el valle de Guaduas, el viajero contempla uno de los espectáculos más bellos; desde lo alto se admira el valle del Magdalena, llanura inmensa rodeada de bosques que cubren las faldas de las cordilleras; allí el clima es cálido y muy húmedo; hay viajeros que se sofocan y casi no pueden respirar, sobre todo en verano, cuando se secan los lechos de las quebradas y son escasos los vientos.

El río Magdalena durante la subienda es rico en pesca; los agricultores se convierten en pescadores temporales que con redes y atarrayas capturan grandes cantidades de bocachicos, nicuros y doradas. El resto del año se dedican a la ganadería y a la agricultura, aunque pasan por períodos de miseria, en los que los campos no producen casi nada, y son escasos los pastos.

Durante el largo verano, tan sólo el plátano y la caña de azúcar sirven de alimento, y ayudan a mitigar los fuertes calores. Por esta época, acostumbran quemar las malezas que cubren los campos, causando a veces enormes incendios que alumbran espléndidamente las noches; estas quemas, si bien perjudican la fauna, y hacen más sofocante el clima, parecen servir, pues los potreros se abonan con las cenizas y los pastos reverdecen al retornar las lluvias. Qué diferente sería si se sembraran pastos de calidad, y se aprovecharan mejor los forrajes, como se hace acá en Europa. Abundaría la carne, y no se presentaría un tránsito tan duro entre las épocas de lluvia y de sequía.

Nuestra meta era Ambalema, pero resolvimos hacer una estación en San Juan, un pueblo, fresco y bonito, ubicado en las montañas que dominan el Magdalena; sus pobladores no sobresalen por su hospitalidad, a pesar de que los comerciantes de tabaco descansan allí cuando van para Bogotá. Yo era conocido del cura por su afición a la botánica; por eso, en más de una oportunidad, había pernoctado en su casa. Cuando le visitaba, hacíamos tertulias en torno a las plantas; él me corregía el latín, y yo le enseñaba a distinguir las especies de su región.

Al día siguiente pasamos el Magdalena en una piragua, a la que se ataban las bestias. Los bogas y guías la conducían con gran pericia, por lo que llegamos sin ninguna novedad a la otra orilla. Ya en Ambalema, compré abundantes cigarros de primera calidad para llevar de regalo, especialmente a Linden y Schlim.



Peñón del Conejo. Edward W. Mark.

Navegando en vapor



a navegación por el río Magdalena es bastante activa y muy pintoresca. Existe un servicio de vapores que funcionan cuando las condiciones políticas lo permiten; además de los barcos impulsados por paletas, hay numerosas balsas hechas con guaduas, o con

maderas livianas, en las que se transportan racimos de banano y otras mercancías que aguantan la intemperie; tales balsas se abandonan cuando la carga llega a su destino.

Hay también bongos, que son grandes piraguas construidas con troncos enormes, donde se transporta mucha



carga; finalmente, están los champanes destinados al transporte de pasajeros, y que a diferencia de los bongos poseen una cubierta hecha con cañas, esteras y hojas de palma. A veces los champanes están divididos en pequeños compartimentos que hacen las veces de camarote o de almacén; en el centro se coloca la carga, por lo que queda un espacio reducido para los pasajeros.

Cada viajero se acomoda en el primer espacio que encuentra, soportando los insectos, el calor excesivo y un ruido permanente que pone a prueba la paciencia del más valiente. En la parte delantera hay una caja llena de tierra o arena sobre la cual se prende el fogón, y allí se preparan los alimentos; este cajón impide cualquier incendio; el humo inevitablemente se dirige al interior, y si de una parte produce ardor en los ojos, de otra contribuye a espantar los mosquitos y las avispas, que por ratos atacan a bogas y pasajeros, especialmente si se rozan las ramas de los árboles. El capitán viaja atrás, y dirige el champán con la ayuda de un remo que hace las veces de timón.

En su mayoría los bogas son negros muy fuertes y mañosos que viven en pequeños cobertizos a la orilla del río; allí siembran plátano y maíz; también pescan, y por épocas recogen huevos de tortugas en la arena de las riveras. Alternan esa vida indolente con el duro trabajo de bogas.

Cada viaje, dura dos o tres semanas; sin importar el sol o la lluvia, en medio de gritos y maldiciones, diez o doce bogas desde el tejado impulsan la nave con la ayuda de enormes varas. Lo hacen caminando rítmicamente, al tiempo que apoyan la vara contra su pecho, y contra el fondo del río; así aprovechan su fuerza y el peso de su cuerpo.

Los vapores son más cómodos, pues cuentan con un piso destinado a los pasajeros. En la cubierta van los mecánicos, los fogoneros y los bogas. Abajo está la bodega, donde se guardan las petacas y baúles que forman el equipaje. En el vapor que nos tocó, había un camarote destinado a las mujeres quienes, por temor, sólo salían de allí a la hora de las comidas. Había otro camarote con catres y hamacas, en el que nos acomodábamos los hombres.

Durante el viaje madrugábamos a recoger los tendidos; luego, un ayudante retiraba los catres, mientras nos dedicábamos al aseo personal; después venía la hora del primer desayuno, que consistía en una taza de café, o en una copa de anisado; hacia la mitad de la mañana servían el segundo desayuno, que constaba de galletas untadas con mantequilla, caldo y pan con estofado; el almuerzo se hacía poco más o menos a las tres de la tarde; servían estofado de res o de cerdo, acompañado con arroz y plátano. La cena se hacía alrededor las ocho de la noche y era una repetición del almuerzo.

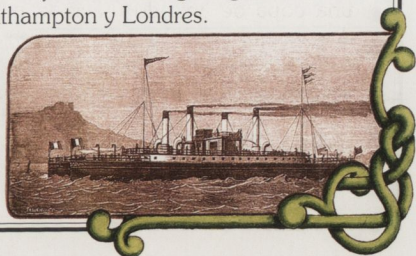
Los bogas comían aparte, y su única dieta era plátano con tasajo; el tasajo lo preparan con tiras de carne, salada y secada al sol, que colgaban de una vara; su olor y el aspecto quitaban las ganas de comer. Y hablando de comidas, me llamó la atención el contraste entre nuestra alimentación y la de los habitantes de las riberas; ellos comían mucho pescado por creer que era afrodisíaco; a nosotros nunca nos lo sirvieron, por considerarlo como un alimento ordinario y barato, impropio en tan elegante medio de transporte.


La cabina del capitán era un cuartico ubicado entre la chimenea y el comedor. A falta de un salón, los pasajeros nos acomodábamos en un espacio amplio y cubierto que había al frente del timón; el piloto alegaba permanentemente que le quitábamos la visibilidad.

El amanecer en el río era hermoso; el paisaje iba cambiando; en las orillas, pantanos poblados de cañas y de garzas; al fondo, enormes selvas; se escuchaban los cánticos de los pájaros, los aullidos de los micos y el zumbido de los insectos; en los bancos de arena los caimanes tomaban tranquilamente el sol; raras veces se sentían perturbados como para lanzarse al agua.

El vapor paraba una vez al día para recoger la leña que calentaba sus calderas. El capitán, muy ceremonioso, advertía a los pasajeros que no bajaran a la orilla por temor a las culebras; después de haber cruzado el Chocó, yo no les temía; por eso aproveché las paradas para recoger plantas que añadí a mi herbario. No podía perder la posibilidad de conseguir nuevas plantas en zonas que no había visitado. El vapor zarpó en Honda, y pasó por San Pablo, Puerto Nacional, El Banco, Mompox, Calamar y Villavieja, para anclar cerca de Cartagena.


Allí embarcamos en un verdadero vapor, habilitado para viajes transatlánticos; en este barco disponíamos de más espacio y comodidades; había camarotes independientes y verdaderos baños. Nuestra meta era París, pero el barco tenía como destino final Londres; esto, en vez de un inconveniente era un atractivo más. Conoceríamos otra ciudad y otro país. Camino a Curaçao, que era la primera escala, bordeamos la costa; a través de la niebla vimos el perfil de la Sierra Nevada de Santa Marta, cuyas altas montañas fueron la última imagen de la Patria que dejábamos. Luego seguimos a La Guaira, San Juan, las islas Azores, Southampton y Londres.






Indes neogranadinos. Charles Empson

Acaba un viaje temporal y se inicia un viaje eterno



La ciudad de Londres, adonde volvería en repetidas oportunidades, nos causó un gran impacto por su tamaño, por su arquitectura y por su progreso. Era la primera gran ciudad que conocíamos; los amplios parques y los grandes palacios nos impresionaron gratamente. A pesar de ello nos demoramos apenas lo necesario, y seguimos hacia París utilizando un tren que nos llevó a Dover; los trenes eran una novedad para nosotros. Luego cruzamos el paso de Calais, y por fin llegamos a París. Lejos estábamos de pensar que la gran ciudad, en la que esperábamos vivir apenas unos años, se convertiría en nuestra segunda patria, y que allí nacerían nuestros quince hijos.



Creo que hoy es 31 de octubre; me siento débil y agotado por la fiebre, aunque no siento mayores dolores. Me incomoda la costura de la herida, sobre todo al moverme; sólo lo hago cuando es estrictamente necesario. No deseo nada, me molesta mucho el olor del formol cuando me cambian los vendajes y temo haber sufrido un contagio quirúrgico.

Me deben estar aplicando un calmante fuerte, porque ando más adormecido y con menos dolores que antes; además, han aumentado mis divagaciones en torno al pasado. En estos días he rememorado muchas cosas, y miles de imágenes han pasado por mi mente. Si me alivio podré escribir fácilmente mis memorias.

Pasaron varios años entre mi llegada y la publicación de mis obras; durante este tiempo no sólo cambió la situación política en Colombia, sino que cambiaron mi personalidad y mi modo de pensar. Al abrirse nuevos horizontes, se alejó mi afán de regresar a la Patria. Me fui acomodando a una nueva metodología de trabajo, y pasé de buen recolector de plantas, a ser un verdadero investigador.

Mis trabajos con Planchon fueron importantes. Nunca dejamos de ser amigos, pero dejamos de trabajar en compañía; ambos teníamos compromisos que cumplir, él, en Montpellier, yo en París.

Ya solo, me dediqué a estudiar las quinias y las melastomatáceas. En 1870, publiqué un hermoso y documentado libro titulado "Nuevos estudios sobre las quinias". Lo ilustré con reproducciones de los dibujos de la quinología de Mutis. Así, logré satisfacer un viejo anhelo.

Tras varios años de estudio, llegué a dominar el tema de las melastomatáceas, una familia de plantas muy difícil de interpretar. Mi libro, publicado en Londres, en 1871, fue premiado por su calidad y por sus novedosos aportes al conocimiento. ¿Qué mayor satisfacción?

Mi *Flora de Colombia*, como cualquier obra sobre las plantas de un país, no es un trabajo definitivo. El territorio colombiano es muy extenso, y cuenta con una gran variedad de ambientes y climas, a los que se han tenido que adaptar las plantas. Hay quizás unas cuarenta mil especies; por ello, nuestro trabajo, aunque detallado, no agota el tema

No alcancé a visitar las enormes selvas del Amazonas, ni la costa del Caribe; no subí a la Sierra Nevada; me faltó recorrer parte del Chocó, y nunca fui a las llanuras del Orinoco.

Además, varias veces, pude constatar que no basta visitar una región, por una ocasión, para conocer su flora; es necesario recorrerla en varias oportunidades, y en distintas épocas, para poder encontrar todas las especies que la habitan.

Buen ejemplo de ello son los Andes del Quindío. Desde 1801, por allí han pasado con los ojos atentos muchos botánicos y viajeros. Humboldt y Bonpland, el doctor Linden; el profesor Karsten, mis amigos Holton y Warzewicz, André y muchos más, quienes han recolectado cantidades de plantas. Yo mismo la atravesé detenidamente en no menos de seis oportunidades. Cada vez que alguien recorre esta región, encuentra nuevas especies. Estoy seguro de que esto se seguirá repitiendo en el futuro, y que continuarán apareciendo plantas desconocidas durante mucho tiempo.

Faltan por estudiar las algas de los mares que bañan nuestras costas; este vasto campo requiere de uno o varios especialistas que dediquen su vida a tal estudio. De otra parte, hay grupos de vegetales que apenas se han tocado, y que darán muchas sorpresas a los investigadores del futuro.

Con Planchon buscamos la ayuda de varios especialistas que tuvieron a su cargo el tomo del *Prodromus* correspondiente a las criptógamas de Colombia. Todos trataron de agotar el tema, pero estoy seguro de que muchas especies escaparon a su estudio.

Estas plantas son muy abundantes en los bosques pero, por su tamaño, y por no producir flores, se parecen unas a otras; los botánicos poco las recogen, en la creencia de que ya son conocidas. Aparecen sobre las rocas, en el suelo, al borde de las quebradas, o sobre la corteza de los árboles. Estos grupos quedan para el estudio de futuras generaciones que, con lentes más poderosos, podrán interpretar mucho mejor sus estructuras, y mejorar su clasificación.



Lo que no alcancé a hacer: una tarea para las futuras generaciones

Siéndolo desde la cumbre de mi edad, y con la experiencia adquirida en más de treinta años, creo que el estudio completo de la flora colombiana va a ocupar el trabajo de varias generaciones. Los futuros investigadores deberán recoger muchas

plantas, y hacer muchas observaciones. Tendrán que organizar buenos herbarios para facilitar la preparación de nuevas monografías. Les quedan al menos doscientas



familias por estudiar, y algunas de ellas están formadas por demasiados géneros y especies.

Yo tuve la osadía de estudiar las melastomatáceas, que bien pueden sobrepasar setecientas especies; de ellas, al menos doscientas pertenecen al género *Miconia*; por experiencia conozco la dificultad de interpretar y ordenar grupos tan complejos y abundantes. Hay familias que sólo podrán ser estudiadas por un especialista.

Por mi experiencia, calculo en más de tres mil las especies de orquídeas que crecen en Colombia; en el caso de las compuestas, bien pueden sobrepasar las mil quinientas y hay otras con no menos de ochocientas.

Ante plantas tan abundantes y diversas, los jóvenes que continúen el estudio de la flora, tendrán que hacer monografías y catálogos completos. Esas obras son indispensables para alcanzar el desarrollo técnico y científico, mediante la planeación y el adecuado aprovechamiento de los recursos naturales.

Ojalá haya muchos jóvenes que ayuden a completar el inventario de la flora y que inicien otro tipo de estudios en nuevas disciplinas que se comienzan a desarrollar. Poco se conoce en cuanto al funcionamiento interno de las plantas, y casi nada se sabe acerca de la forma como heredan sus cualidades. Escasos son también los conocimientos en torno a su relación con el suelo y con el clima, y casi nadie se preocupa de la conservación, pensando que la tierra, el agua y los bosques nunca se van a agotar. Por ello es necesario transmitir el conocimiento a través de libros y revistas.

Así mismo, es indispensable hacer cartillas sencillas para la gente del campo, que es la que cultiva la tierra. A ellos les corresponde aprovechar los suelos y las aguas para obtener buenas cosechas, cultivando lo más apropiado para cada clima y cada región. Esto es lo que buscábamos con los estudios de la Comisión Corográfica; y yo añado, recordando a mi padre, que hay que hacer más divertida la enseñanza de la botánica, para que se convierta en una materia, no sólo interesante, sino muy agradable; así, los niños y jóvenes podrán disfrutarla, aficionándose a ella desde temprano.

Creo haber dormido un buen rato. Me siento tan débil que no alcanzo a abrir bien los ojos; me parece escuchar el lejano tañido de una campana; ya no quiero pensar y volveré a dormir.





NOFOTOS

Bogotá en los días de enero está hecha de luz y de cielo azul celeste. En esa atmósfera nace este libro hecho de plantas y de flores. En su producción se han juntado muchos talentos y muchas manos. Tres Culturas Editores expresa sus agradecimientos al grupo humano del Fotolito Colombia: Nélon Colmenares, Néstor Raúl Rodríguez, Jorge Rincón y Uriel Pardo.

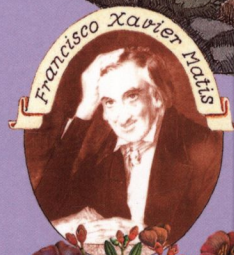
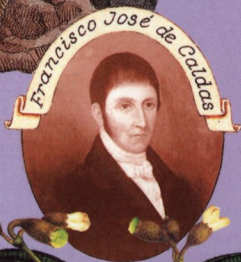
Igualmente, a Aura Nelly Rincón, quien ha ido y venido de manera anónima y ferviente en estos avatares de la edición, con los mensajes del detalle que cada imagen, cada punto y cada espacio requieren.

A Hernán Jaramillo y Julia Aguirre, al dar a luz el título decimotavo, de la colección Juvenil Colciencias, Tres Culturas Editores les ofrece un cálido abrazo de caminantes, el 20 de enero de 1999.





José Jerónimo Triana, el caballero de las flores, fue pedagogo, médico, naturalista y diplomático. Durante cinco años trabajó con la Comisión Corográfica y formó un importante herbario en el que abundaban las especies desconocidas. Radicado en Europa redactó cuatro monografías científicas, en las que dio a conocer numerosas especies de la flora colombiana; paralelamente aplicó sus conocimientos en fabricación de medicamentos, algunos de los cuales le dieron celebridad. En las tres exposiciones universales organizadas en París, tuvo a su cargo los pabellones colombianos, en los que exhibió los productos naturales del país. Representó a Colombia en numerosos congresos científicos y fue reconocido su trabajo en el ambiente de la comunidad científica de Europa y América.



Santiago Díaz Piedrahita, nació en Bogotá en 1944. Realizó estudios de Ciencias Naturales en la Universidad Nacional de Colombia, entidad a la que ha servido como docente e investigador desde 1969. Igualmente se desempeña como director de publicaciones de la Academia Colombiana de Ciencias. Entre sus obras sobresalen los seis volúmenes de la "Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada", y sus tres monografías para la Flora de Colombia.

